Pepe Rojas

DESDE MI CONUCO

From the library of

J. H. Cornyn,

Mexico City, Mexico

Presented to the
University of Toronto
by J. H. Cornyn

Date March 8. 1938.

DESDE MI CONUCO

HMex
R74172d

DESDE - - - -

DI CONUCO

CARTAS DE UN LABRIEGO

PUBLICADAS

POR

"EL HERALDO ESPAÑOL"

DE CARACAS

348231
3. 38.
23.

MEXICO
IMP. DE M. LEON SANCHEZ
1909

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

Al Excmo. Sr. D.

Ramón Gaytán de Ayala,

Ministro Plenipotenciario de España en Cuba.

Mi querido Ministro:

Permítame que al publicar las Cartas de "Pepe Rojas," tan conocido de Ud. como mío, una su nombre á esta publicación como débil tributo á las muchas deferencias con que nos honró Ud. en Venezuela.

Ojalá que el Destino vuelva á reunirnos en esta floreciente República, según los deseos de quien se honra en dedicarle esta obrita, repitiéndose su más atto. amigo y s s.

q. b. s. m.

Manuel León.

México, Noviembre de 1908.

ES PROPIEDAD

CUATRO PALABRAS

Nunca creímos que las cartas que contiene esta obrita volvieran á publicarse.

Escritas en Venezuela para *El Heraldo Español*, periódico que publicamos durante varios años en Caracas, nos ocupábamos en coleccionarlas, durante uno de los breves períodos de paz que gozó aquella República, agregándoles algunas que no habían podido salir á luz por el estado de guerra que había atravesado aquel país, cuando nuevos trastornos revolucionarios nos obligaron á dejar Venezuela para buscar en México la paz

y las garantías que hace años ofrece esta nación á los hombres de trabajo.

No volvimos á pensar en esta obra, creyendo que había perdido su oportunidad, y los nuevos negocios que emprendimos en México, absorbieron por completo nuestra atención, aunque siempre seguimos con interés las vicisitudes de Venezuela, donde habíamos dejado amigos tan queridos como el autor de las cartas "*Desde mi Conuco*" y otros que seguían sufriendo las consecuencias naturales del estado de guerra crónico ó tiranía combatida que arrastra aquella república.

Aquí supimos la ruina total de PEPE ROJAS y recibimos la visita de uno de sus hijos, al que acompañamos en el viaje que hizo á uno de los Estados más ricos de México, donde acabó por radicarse la laboriosa familia del autor de las cartas que contiene esta obrita. El éxito de las publicadas en Venezuela nos llevó á pedirle que las reanudara desde su nueva estancia, y en México, en *El Diario*.

en Julio del año pasado, se insertó la primera escrita en esta República. Quizá más adelante logremos que siga publicando sus impresiones sobre la vida de los campos en México, que no dudamos despertarán en esta República el interés con que fueron acogidas en Caracas las que forman este tomo.

Ahora, he aquí las líneas que teníamos dispuestas en 1903 para que sirvieran de presentación á esta obrita:

"Sólo nos proponemos reunir en estas páginas las cartas que con el título de "*Desde mi Conuco*" se han publicado en *El Heraldo Español*, en Venezuela, agregándole algunas que, las circunstancias porque ha atravesado aquella República, no nos han permitido dar á la publicidad, y otras que en varias ocasiones tuvimos que enviar á nuestro colaborador para justificar nuestra negativa á publicarlas.

La mordaza puesta á la prensa de Venezuela por los satélites que rodearon al General Castro á los pocos me-

ses de su triunfo, los atropellos cometidos con los redactores de *El Tiempo*, *La Linterna Mágica*, *El Diario* y los de otras publicaciones de menos importancia, insultados, atropellados, encarcelados y vejados de la manera más soez, nos obligaron en muchas ocasiones á suspender la publicación de varias correspondencias de nuestro colaborador, concluyendo por suprimirlas en absoluto cuando la guerra se enseñoreó de los valles en que estuvo la hacienda de "Las Tres Estrellas," saqueada y destruida por guerrilleros de una y otra parte y abandonada últimamente por su fundador, que se vió obligado á refugiarse en Caracas, ya que los lazos de sangre que lo unen á Venezuela no le permitían dejarla para ir en su ancianidad á buscar refugio en las agrestes Alpujarras, y acabar allí sus días.

La publicación de los justificados lamentos de este honrado patricio nos hubieran traído, seguramente, la persecución de un Gobierno incapaz de

comprender la justicia de estas quejas, y su expulsión hubiera sido la primera medida adoptada por magistrados ignorantes é incapaces de apreciar el daño que hacían á Venezuela con sus arbitrariedades.

Pero ¿quién es este colaborador? ¿quién es PEPE ROJAS? nos dirán algunos de nuestros lectores, que en más de una ocasión nos han hecho la misma pregunta.

El ofrecimiento que hicimos de no descubrir el verdadero nombre de su autor, nos obliga á suplicar que no se nos exijan más explicaciones que las que hemos dado á algunos amigos íntimos á quienes no podíamos negar alguna contestación.

PEPE ROJAS es un antiguo soldado español que hacia el año de 1870 y después de algunas vicisitudes políticas en que se halló envuelto en España, con motivo de "*La Gloriosa*," emigró á Venezuela en busca de más ancho campo á sus aspiraciones; de instituciones más radicales que las que

adoptaba España después de haber destronado la dinastía de los Borbones.

Nacido en la Alpujarra, de una familia de labradores medianamente acomodados, conocía el cultivo peculiar de aquella región, y las vegas que rodean á Caracas, tan feraces como mal cultivadas, y los valles de la serranía de Aragua, que recorrió en un viaje que hizo á Valencia, le hicieron concebir el proyecto de establecerse en ellos para fundar, cuando sus medios se lo permitieran, una estancia por el estilo de la que cultivaban sus padres y hermanos en la costa del Mediterráneo.

Nuestro compatriota no había ido á Venezuela en la creencia de que allí "se atan los perros con longaniza;" confiaba en que su conducta sería su mejor recomendación, y después de hacer el viaje que hemos mencionado, se dirigió al propietario de una de las haciendas de los valles de Aragua y se presentó á él sin más recomendación

que su licencia absoluta, su hoja de servicios en el ejército, en el que cumplió sin sufrir un arresto ni una mala nota, y su documentación en regla, damostrando que había salido de España por su propia voluntad y autorizado por las autoridades competentes.

Este procedimiento, que no es el más corriente ni mucho menos, entre los compatriotas nuestros que se dirigen á América, hizo que el hacendado mostrase cierta extrañeza, y aunque en verdad no necesitaba en aquellos momentos los servicios de nuestro amigo, su soltura, los conocimientos de que dió muestra en el curso de la conversación y quizá más que todo, la hermosa letra bastarda española con que escribió las señas de la casa en que estaba alojado en Caracas, resolvieron al hacendado á admitirlo á su servicio. Antes de que terminara aquella primera entrevista le preguntó cuáles eran sus aspiraciones, advirtiéndole que en verdad sólo le podía ofrecer un pues-

to de peón *distinguido*, es decir, para que auxiliara al mayordomo en una de sus haciendas, el cual *sabía poco de letra*, y le ayudara en sus quehaceres administrativos, sin perjuicio de ocuparse además en los trabajos que se presentaran en la casa de labor, en el trapiche ó donde fuera necesario.

En estas condiciones empezó á trabajar PEPE ROJAS en Venezuela; á los pocos meses su principal lo encargaba de una hacienda, le ocupaba con frecuencia en viajes al interior, donde poseía otras propiedades, y aun le hacía pasar largas temporadas en Caracas, ocupado en llevar los libros de contabilidad. Esta ocupación no era muy del agrado del montaraz ROJAS, que le había tomado afición á los valles de Aragua. La Serranía le recordaba su poética Alpujarra, y algunos valles y picachos de aquélla habían sido ya bautizados por él con los de otros de Sierra Nevada.

Como lo que nos proponemos narrar en estas líneas no es la vida de este

buen hijo de España, quizá porque si puntualizáramos mucho pudiera alguno hacer, de deducción en deducción, el descubrimiento de quién es nuestro colaborador, sólo diremos que á los pocos años de estar al servicio de su protector; quien cada vez lo distinguió más con su amistad, murió éste dejando varios hijos, entre los cuales había algunos menores. Al hacerse las particiones, se le nombró, por unanimidad, administrador de los bienes de dichos menores y más tarde de los de una de las hijas, viuda, y que contaba poco más de 20 años.

El hacendado no olvidó en su testamento á su protegido: le dejó una modesta "hacienda" enclavada en la primera finca en que trabajó á su lado, y recomendó á sus hijos que consideraran á PEPE como de la familia, en memoria suya.

Dos años más tarde PEPE ROJAS se casaba con la hija de su antiguo principal, viuda, convirtiéndose en propietario de la primera hacienda en

que trabajó como simple peón á su llegada á Venezuela.

El Cielo lo colmó de felicidades dándole varios hijos que son su orgullo, y allá ha vivido dedicado á su labor, ni envidioso ni envidiado, sin más disgustos que los que le han causado más de cuatro veces las constantes revoluciones, á las que se refiere en algunas de sus correspondencias.

Nuestro encuentro en Venezuela fué casual.

Desde que estudiábamos en la escuela de don José Aguilera, nuestro maestro de primera enseñanza, en Granada, y más tarde en el Real Colegio de San Bartolomé y Santiago, en la misma ciudad, no había sabido de él, y cerca de un año después de residir en Venezuela fué cuando, corrigiendo una de las pruebas para la "*Agencia Pumar*," leí su nombre en la lista de pasajeros llegados á un hotel de Caracas. No paré en ello la atención, pero aquella misma tarde se presentaba en la Administración de "*El Tiempo*,"

que desempeñábamos por aquella epoca, un caballero que deseaba pagar algunos meses de suscrición que debía y al pedirle su nombre nos dijo el mismo de PEPE ROJAS. Le miramos repetidas veces mientras se le extendía el recibo y no pudimos dejarle salir de la Administración sin preguntarle con cierta timidez si era español ó venezolano. Soy español de nacimiento, nos dijo mientras tomaba el recibo que le alargábamos, pero hace treinta años que resido en Venezuela, por lo que pudiera decir que soy tan venezolano como español.

Al propio tiempo dirigía maquinalmente la vista al recibo que tenía en las manos, y al leer nuestro nombre al pie, nos miraba fijamente, concluyendo por decirnos con cierta emoción:

—Pero tú.... es decir, Ud., es de Granada.

—De Granada, dije, y Ud. creo que es, ó se parece mucho á un amigo con el que hice mis primeros estudios. Yo soy Manuel León Sánchez.

—Y yo José X de X., nos contestó nuestro amigo dándonos un fuerte abrazo.

En cuatro palabras le dijimos las causas de nuestro viaje á Venezuela y el tiempo que hacía que residíamos allá, quedando en vernos aquella noche en el Hotel donde estaba parando con uno de sus hijos.

De este modo renovamos la amistad con el autor de las cartas que forman esta obrita. Su familia constituye el modelo de la unión de España con los pueblos de su origen. El jefe, español de nacimiento y unido á una esposa, modelo de madres venezolanas, ha creado una numerosa familia que ama á Venezuela como á su patria nativa y á España como á la madre de su patria. En el curso de nuestra correspondencia veremos la manera que ha tenido de educar á sus hijos este antiguo soldado español.

Sirvan estas líneas para presentar á nuestro viejo amigo, á lo que por otra parte estabamos obligados, por-

que en más de una ocasión, estrechados en nuestras últimas trincheras para que dijéramos quién era PEPE ROJAS, hemos llegado hasta á afirmar que no existía tal sujeto y que dichas cartas eran de nuestra propia cosecha. Perdone el amigo; pero ya comprenderá que era el mejor medio de guardarle el incógnito.

Hasta aquí lo escrito en aquella época; únicamente tenemos que agregar que, salvo los años y los naturales cambios en el género de vida que se hace en México con relación á Venezuela, nuestro amigo continúa en su nueva hacienda representando la unión leal y sincera de España con los pueblos de su origen.

México, Noviembre de 1908.

MANUEL LEÓN.

CARTA PRIMERA

El 2 de Junio de 1901 comenzábamos la publicación de estas cartas con la siguiente, precedida de estas líneas:

DESDE MI CONUCO

Un amigo nuestro muy querido, nos remite la siguiente carta, primera de las que se propone enviarnos. y que publicamos con el mayor gusto. Las autorizará con el pseudónimo de PEPE ROJAS, bien que de ellas, como de cuanto se publica en *El Heraldo Español*, es responsable su director, de acuerdo con nuestro programa.

Mi querido Manolo:

Hace tiempo que recibí tu carta anunciándome la publicación de *El Heraldo Español*, el cual vengo recibiendo desde el primer número.

Me invitabas á que te mandara "alguna cosa," cuando tuviera tiempo. Los viejos como yo, suelen tener "mucho tiempo," quiero decir, muchos años; pero el aislamiento en que he vivido en este conuco desde 1870, me ha convertido en una especie de ermitaño, ajeno á cuanto no se refiera al cultivo de algunos frutos y la cría de cuatro novillos.

Quizás has pensado, y con razón, que conociendo los hechos y los hombres sólo por lo que se lee ó se oye en los campos, sería curiosa mi opinión. Te advierto que no presumo de literato, y que de lo que he leído, podré haber sacado enseñanza, pero no estilo.

Como hemos hablado varias veces de lo que pensamos sobre los asuntos de nuestra querida patria y de Venezuela, puedes suponer las tendencias que tendrán mis cartas. Corrígelas ó deséchalas.

Vivo hace treinta años en este país, y aparte algunos, no pocos disgustos que me han dado los cambios políticos que he conocido, siempre pegado é este terruño, sólo me he ocupado de crear y sostener la familia que conoces, mixta de española y venezolana, y tan huraña y francota como si se hubiera criado en nuestros riscos de la Alpujarra. Mis hijos, venezolanos ante la ley, aman á Venezuela como buenos ciudadanos, y constituyen mi mayor orgullo, porque veo en ellos realizado el ideal de nuestra unión.

Ajenos por completo á las luchas políticas

de Venezuela, lamentan las conmociones que suelen agitar en este país cuatro ambiciosos, y su aspiración, como la mía, es que uno, blanco ó negro, nos dé la paz y las garantías necesarias para explotar las riquezas de este privilegiado suelo.

Como van con frecuencia á Caracas y otros puntos donde tenemos negocios, suelen traerme noticias que no leo en los periódicos y que me descorazonan algunas veces, porque en vista de lo que me dicen los periódicos que yo creo independientes, me figuro siempre que *al fin* llegamos á la era de paz y bienestar que aguardo. Como comprenderás, he sufrido en esto muchas decepciones, leyendo con frecuencia en un mismo periódico y con pocos meses y hasta pocos días de diferencia, los mayores elogios y los mayores ataques contra magistrados respetables.

Supongo que *El Heraldo* jamás tendrá necesidad de contestar ataques de otros colegas, y menos si se hacen en la forma en que llevan la discusión *El Conciliador* y *El Nacional;* pero por lo que pueda tronar, el portador te lleva dos botellas de la milagrosa agua de San Nicolás, que á toda hora me recomienda Rosa, mi mujer, y que, como sabes, debe tenerse en la boca unos momentos antes de contestar cualquier inconveniencia que nos exalte, cosa muy frecuente dado nuestro carácter meridional.

Pregunta á nuestro amigo el Doctor Jesús

Lameda si tomó mi agua milagrosa para contestar la agudeza que le quiso hacer *El Nacional* en el asunto de las fibras de plátano. Aquí estuvo de paso el amigo Lameda: nos explicó y hasta se arremangó y nos enseñó prácticamente la manera de extraer la fibra, y cuando vengas verás las muestras y hasta los corotos que están haciendo los chicos con la fibra de los plátanos, que nunca habíamos utilizado. Si se vende la fibra, será una riqueza cuya explotación deberá Venezuela al Doctor Lameda, y claro es que, por esto mismo, tenía que sufrir las impertinencias de los envidiosos. Es un argumento más á mi teoría. Por fortuna el doctorcito contestó el chiste, mal hecho, con la carta de un hombre honrado. Felicítalo en mi nombre, y ojalá que pronto lo veamos de nuevo por este conuco, donde siempre se desea la visita de hombres tan útiles como nuestro amigo.

Y termino esta carta, que no será la última, porque el dichoso teclado de la máquina de escribir, que han comprado los chicos, me parece que baila y creo que este final no vas á poderlo descifrar. ¡Mira que un discípulo de nuestro viejo maestro D. José Aguilera Garrido, aquel inimitable pendolista, escribiendo en mecanógrafo, es imperdonable! Pero qué quieres: no en balde he contado setenta y tres Nochebuenas y ya de aquella letra bastarda española y de todos los primores que nos enseñó aquel benemérito de la instrucción popular,

no me queda más que cuatro patas de mosca, ilegibles. Por otra parte, ya sabes que rindo culto al progreso. Adiós.

PEPE ROJAS.

Hacienda "Tres Estrellas," 30 de Mayo de 1901.

CARTA SEGUNDA

"Las Tres Estrellas," 21 de Junio de 1901.

Sr. D. Manuel León.

Caracas.

Mi querido Manuel:

Tengo que empezar por decirte que no me gustó tu réplica á *El Nacional*, y ya ves lo que ha pasado. Se espantó el pájaro y es difícil que lo oigamos cantar por ahora.

Yo sé, además, que tú, como yo, servimos lo mismo para un fregado que para un barrido; pero no había llegado el caso de demostrarlo y hubiera sido curioso seguir las disertaciones del ilustrado colega.

Ahora sigo con interés su discusión con *El Constitucional*, que pretende, nada menos, que privar á nuestro amigo Soublet del derecho de poder ser, el día menos pensado, Presidente de los Estados Unidos de Venezuela.

Ya habrás visto cómo se defiende, y es na-

tural, porque mira que defender á Venezuela de cuatro jurungos, como nosotros, que nos empeñamos en ganar el pan regando este suelo con nuestro sudor, para que no lo hagan Presidente por aclamación, es una maldad que sólo se le ocurre al redactor de *El Constitucional*.

Pero lo más gracioso es que esto nos ha servido para saber por qué ha demostrado siempre tan mala voluntad á España el redactor de *El Nacional*.

Había nacido en territorio español; nuestra Patria había servido de asilo á sus padres en la emigración; el aire y la luz que hirieron por primera vez sus sentidos eran de España, y una vez más se tenía que confirmar la espantosa teoría de nuestro paisano el Gral. D. Ramón María Narváez, el cual, á las exhortaciones del clérigo que lo asistía en sus últimos momentos, para que perdonara á sus enemigos, le contestaba con la mayor sinceridad: "Padre: yo no puedo tener enemigos; no recuerdo haber hecho ningún favor á nadie."

De todos modos, yo siento que seamos culpables, sin quererlo, de que este excompatriota *per accidens* no pueda gozar algún día las delicias del poder supremo en esta República.

Me vas á hacer favor de mandarme un Código de Minas ó algo donde yo pueda saber si tengo derecho á vivir y cultivar estos peñascos que hemos hecho productivos, porque desde hace días se están descolgando por estas alturas unos *patiquines* que dicen que vienen

en busca de minas de no sé cuántas cosas. Parece, según me dijo uno que traía una porción de corotos para hacer agujeros en el suelo y donde fuera necesario, que Venezuela está sobre un fondo de oro, plata y otros minerales y que ya no se piensa más que en obtener concesiones para negociarlas y venderlas al primero que las pague.

Yo tengo miedo instintivo á estos buscadores de minas, porque algunos tienen todo el aspecto de aquellos matuteros de la Península y me parece que las minas que vienen buscando por aquí son las gallinas y los conejos de las isleñas que viven por estas alturas. Pero algo debe haber de cierto, porque la verdad es que la Gaceta Oficial, después de haber publicado las interesantes comunicaciones cruzadas entre el Dr. López Fontainés y el Juez del Crimen, dedica dos y tres planas cada día á insertar títulos de propiedad de minas de cualquier cosa.

Yo también creo que el suelo de Venezuela es una mina; pero no veo la necesidad de buscar la plata y el oro en sus entrañas, sino darle un poco de paz y de buena administración, que dé garantías para poder cultivar su superficie, y vías de comunicación para conducir nuestros productos á los puntos de consumo y embarque.

La Argentina no ha necesitado el oro de las minas para hacerse en pocos años la República más rica de Sudamérica. Le han bastado

diez años de buena administración. Los demás suelen ser, por lo general, negocios más ó menos limpios.

Seguramente para vigilar el cumplimiento de las condiciones en que se deben explotar los ricos veneros que encierran las concesiones, veo que acaba de nombrarse un cuerpo de guardas de minas, con residencia en las capitales de los distritos mineros. Esto me gusta, porque debemos suponer que este cuerpo facultativo hará que se cumplan las leyes, y las explotaciones se harán científicamente. Yo sólo le pido á Dios que en el subsuelo de este conuco no se le ocurra á nadie buscar más que agua, que es lo único que necesitamos para cuajar nuestras cosechas.

Ricardo, que como sabes acaba de llegar de España, viene con la idea de que hagamos siembra de trigo y cebada en los valles. Yo hace tiempo que lo hubiera hecho y hasta tengo excelentes muestras de espigas criadas en esta hacienda; pero ¡qué quieres! le tengo miedo. ¡Es tan peligroso tener un haza de trigo para segar, y que algunos revoltosos se alcen y metan sus caballos á pastar, ó le peguen fuego por el placer de hacer daño! Cuando vengas hablaremos de ésto, y si tardas, te diré algo en la próxima carta.

La verdad es que ya sueño en ver desde la puerta del conuco y á la sombra de la parra que planté yo mismo con el sarmiento que hice traer de la Alpujarra antes de que desapa-

reciera aquel viñedo con la filoxera, los tablones del valle ondeando como un mar de doradas espigas Fué el cultivo de nuestros padres y sería para mí motivo de orgullo restaurarlo en estos valles, donde, según me dicen los que son más viejos que yo, se cultivó con éxito antes de la emancipación de esta República.

Tuyo siempre.

PEPE ROJAS.

Hacienda "Tres Estrellas," 21 de Junio de 1901.

CARTA TERCERA

Mi querido Manuel:

Acabo de leer en los periódicos que recibo en este retiro, la noticia del concurso convocado por el Presidente de este Estado, General Víctor Rodríguez. Se trata, como sabrás, de conceder un premio de 2,000 bolívares á la mejor hacienda que contenga por lo menos..... 10,000 matas de la planta textil Sanseviera, y otro igual para la plantación de mejor tabaco, que se componga por lo menos de 15,000 matas. Para uno y otro concurso habrá los diplomas correspondientes y cuatro medallas para las muestras que en calidad se sucedan.

Ese es el camino de la verdadera riqueza, la muerte de las revoluciones y la manera de demostrar que los gobiernos se interesan por la prosperidad de sus pueblos.

No hemos de concurrir nosotros al certamen, porque la pequeñez de este conuco no nos

lo permite ni mis aficiones son esas; pero sí he de hacer que los muchachos sigan con interés los trabajos de los demás, y hasta en ciertos lugares en que la calidad del terreno lo permite, haremos los ensayos necesarios.

Ahora lo que le pido á Dios y al progresista Presidente del Estado, es que haga que se respete la propiedad lo suficiente para que las labores se puedan hacer con seguridad de recoger el fruto, y esto creo que lo hemos de conseguir, por las noticias que tengo del General Víctor Rodríguez.

Sigo en mi proyecto de hacer una siembra de trigo, y al efecto ya están los chicos haciendo las rozas necesarias en el valle, y Juanico el carpintero está labrando un arado por el modelo que le hizo Ricardo, igual á los que se usan allá en la Alpujarra y los montes de Granada, Esto me distrae y me rejuvenece. Tengo la esperanza de que comamos un jayuyo hecho con harina de nuestro trigo, antes de Nochebuena. Aquí se puede esperar todo de este clima inmejorable.

Esta carta te la lleva el hijo de Agustín y me harás el favor de acompañarlo á la Legación de España para que se acoja al indulto que se concedió á los prófugos ó no alistados, porque el mozo, por apatía más que por temor al servicio, no cumplió con el deber de presentarse en tiempo oportuno para el alistamiento y no quiere tener cerradas las puertas de nuestra Patria el día que pueda irse allá á buscar á la

Luisa, que sabes que era su novia cuando se fué con su madre á la Orotava.

Algo he influido en esta determinación del muchacho, que todavía pensaba que ir á *SERVIR AL REY* era algo así como los servicios que prestan los coolies en Trinidad: pero le he hecho leer aquel artículo que publicaste sobre la vida de cuartel, y con esto y lo que cuenta José, que como sabes fué á servir en España como voluntario, aunque era venezolano por nacimiento, el chico yo creo que sentiría que no lo llevaran al servicio. Entre nosotros, me parece que en esto entra por algo la esperanza de que lo destinen á Tenerife á cumplir su tiempo. Qué quieres, siempre las faldas arrastran algo.

Te espero sin falta el domingo, para que veas las labores que se han hecho para la siembra de trigo; Rosa te está preparando unas hallacas, qne dice que te vas á chupar los dedos.

Conque hasta el domingo.

PEPE ROJAS.

Hacienda "Tres Estrellas," 3 de Julio de 1901.

UN DIA MEMORABLE

A los pocos días y cediendo á las repetidas instancias de nuestro amigo, quien envió á uno de sus hijos con el encargo de no volver á la hacienda sin el señor Ministro de España, D. Agustin González del Campillo y sus amigos, tomamos el tren de Valencia, que en pocas horas nos llevó á la estación de Los Teques, en donde esperaba el buen PEPE ROJAS con tres caballejos criollos para los invitados, mientras él se reservaba su acostumbrada cabalgadura: una pacífica borrica que respondía al nombre de "Platera".

Han pasado muchos años desde aquella fecha y aunque varias veces me he propuesto escribir algo que nos recordase aquel día, siempre me sentí incapaz de hacerlo. Aun ahora, que me decido á evocar aquellos recuerdos, me abruma el pesar que como indeleble sello dejaron en mi corazón. El recuerdo de aquella jornada deliciosa, comparada con las desgracias que de allí á pocas semanas ocurrieron, arrebatándonos el mejor amigo que hemos tenido en

el mundo, junto con las tribulaciones que tambien sufrió nuestroamigo PEPE ROJAS y que le redujeron poco menos que á la miseria, no eran las más á propósito para recordar el día que pasamos en "Las Tres Estrellas". Sólo por llenar de alguua manera la laguna que existe entre la anterior carta y la que sigue, escrita algunos meses después, á la vuelta del viaje que hizo nuestro amigo ROJAS á España, vamos á recordar algo de lo que pasó áquel día.

En poco más de una hora se recorrió el camino que separa "Las Tres Estrellas" de la estación del Ferrocarril de Valencia, y á nuestra llegada nos esperaba el personal de la Hacienda, con sus trapitos de cristianar.

Era domingo, que desde luego, se guardaba allí religiosamente: pero como aquel día se esperaba al representante de España, D. José quiso que, además, se le diese el carácter de fiesta internacional.

La explanada que había entre el frente de la casa de labor, y la de la familia, estaba limpia y regada; por todas partes se veían palmas y banderitas españolas y venezolanas entrelazadas; y al llegar el señor Ministro de España se izó en un largo mástil la bandera nacional mientras una improvisada banda de guitarras y bandurrias, dirigida por el señor cura de X, ejecutaba la Marcha Real Española, que el día anterior y en pocas horas había instrumentado y enseñado á los muchachos que componían la banda.

La bandera era la de nuestro antiguo cañonero "Galicia," vendido hacía pocos meses á Venezuela y que había quedado en nuestra Legación al entregarse el buque al Gobierno venezolano, en el puerto de La Guaira. El amigo ROJAS había suplicado al Ministro que la llevara aquel día á su hacienda, porque deseaba tributarle los honores debidos con motivo de su visita.

El sol calentaba de firme, y antes de almorzar se resolvió hacer la siembra de los primeros granos de trigo, en el terreno preparado al efecto. Toda la familia, los peones, la banda de guitarras, el señor cura, de sobrepelliz y estola, el señor González del Campillo, infinidad de amigos de la casa y curiosos que habían llegado del inmediato pueblo, seguimos á Ricardo, uno de los hijo de D. José, que guiaba una yunta de bueyes lujosamente engalanados con banderitas, y los cuernos dorados con purpurina.

En uno de los valles que rodean la colina en que estaba edificada la casa, se había preparado el barbecho para recibir la siembra.

Cuando llegamos á los linderos del tablón, Ricardo armó el arado en pocos momentos y el señor cura bendijo el trigo, que se había puesto en un cesto de palma. Todos, con la rodilla en tierra y la cabeza descubierta, recibimos la bendición al mismo tiempo que se daba á aquellos granos de trigo que se iban á

entregar á la tierra para restaurar el cultivo de este grano en aquellos valles.

Don José presentó al señor González del Campillo un *cebero* y le suplicó que arrojara el primer puñado de trigo á la tierra. Nos parece estar viendo á aquel modelo de Ministros y de caballeros, con el *cebero* al brazo; lanzando el primer *puño* de trigo como lo haría el mejor gañán de los cortijos de Andalucía, demostrando que conocía prácticamente el modo de sembrar. Aquel acto tan sencillo y al mismo tiempo tan sublime, no dejó de conmover á muchos de los que lo presenciamos, y más de cuatro se llevaron el pañuelo á los ojos para enjugar una lágrima. Después, el señor cura y casi todos los presentes quisimos sembrar nuestro *puño* de trigo, que la yunta manejada por Ricardo dejó enterrado en pocos momentos.

Terminada la ceremonia, tomamos de nuevo el camino de la casa, donde hallamos á nuestra llegada la mesa puesta bajo la parra, que la protegía con su sombra. Al fondo, y en el secadero, se había dispuesto lo necesario para que almorzaran los peones y todos los que quisieran acompañarlos.

Mientras llegaba el famoso *Salcocho*, en el que había puesto sus primorosas manos la esposa del hacendado, la banda tocaba aires españoles alternados con alguna que otra habanera, que estaban pidiendo parejas para bailarlas.

El rostro de PEPE ROJAS rebosaba felicidad, y mientras su esposa atendía á los últimos detalles de la mesa, nos decía presa de la mayor emoción, al señor González del Campillo y á mí:—No recuerdo haber pasado un día más feliz en mi vida. Es tanta mi dicha, que me parece imposible que pueda durar mucho. Una cosa me apena, y es que no esté presente mi hijo Antonio, de cuya llegada á Granada, en donde debe seguir sus estudios, no he tenido todavía noticias.

La presencia de la dueña de la casa puso término á la conversación, y nos sentamos á la mesa.

El almuerzo fué de los que no se olvidan nunca. Al criollo salcocho y la carne á la llanera, siguieron algunos platos de la cocina española, entre ellos unos huevos con torreznos, plato genuinamente andaluz, y que se puso en honor del Ministro.

El calor por una parte, y el deseo de que los músicos se fueran en busca de su almuerzo, nos hicieron dejar la mesa y pasar á tomar el café al salón, en donde ya algunas niñas estaban haciendo escalas al piano. Aquello tenía trazas de acabar en baile; pero advirtiendo alguien que el señor González del Campillo llevaba luto, se mandó cerrar el piano. No era este señor de los que permitían que por su causa se privara la juventud de su diversión favorita, y pretextando que hacía calor en el salón, salió con algunos de nosotros al secador

para tomar el café, y mientras devolvíamos su libertad á los bailarines, vimos á los trabajadores acabar con una ternera asada á usanza del país y que tenían colgada de estacas clavadas en el suelo.

A las cuatro de la tarde debíamos estar en la estación para volver á Caracas; pero aunque se habían mandado buscar á tiempo las caballerías que nos habían de conducir al ferrocarril, no parecieron por ninguna parte, dando este retraso lugar á que se formase una especie de conjura que obligara al Ministro á permanecer aquella noche en la Hacienda. Doña Rosa, con su acostumbrada modestia, acabó de resolver la cuestión, diciendo que no se atrevía á instar mucho al señor Ministro, porque le había parecido que no quedó satisfecho del almuerzo que allí se le había podido ofrecer, y porque temía que la comida fuese aun peor, teniendo que improvisarla. La advertencia hizo el efecto que se proponía doña Rosa, y el Ministro, después de mirarla, acabó por decirla con aquella gracia que sólo tienen algunos y no muchos de los hijos de Andalucía. —Señora: si hubiese usted nacido en estos tiempos de *señoritas toreras* y se hubiese dedicado á los cuernos, con esa mano izquierda se hubiera hecho célebre. Bien se le conoce á usted la procedencia llanera, porque eso se llama *tirar el lazo*. Aquí me quedo y voy á pedir autorización á mi Gobierno para establecer la Legación en esta Hacienda; pero como

temo, si la establezco, que en Caracas se diga que nos hemos alzado, es necesario poner un telegrama que desvanezca esta sospecha, no vaya á enviar el Gobierno un destacamento á perseguirnos.

La ocurrencia del Ministro fué celebrada por todos, y mientras redactaba el telegrama que se había de llevar á la estación inmediata, aparecieron todos los caballos y mulas de la Hacienda y hasta la yunta de los cuernos dorados asomó por la vereda que subía del valle, como para dar las gracias al huesped de la casa.

Los trabajadores se disputaban la honra de llevar el telegrama; pero don José no permitió que nadie hiciera este encargo, más que su hijo Ricardo, quien tomó el despacho con el mismo orgullo con que hubiera aceptado el desempeño de una misión diplomática.

Mientras desaparecía entre una nube de polvo, como si de la rapidez de su caballo dependiera la salvación de un reino, doña Rosa se marchó discretamente, y á poco se oyó un estrépito terrible en el gallinero, en donde, cual nuevo Atila, había entrado á sangre y fuego.

Todavía estábamos con el almuerzo en la boca, como suele decirse, cuando alguien dijo que era la hora de hacer una sangría, y á los pocos momentos rebosaba un enorme barreño, con vino de Valdepeñas legítimo, en el que nadaban algunas libras de melocotones, cañas

de canela y los demás almendaraches del caso. Sin duda, lo de la sangría se hizo con premeditación, porque nadie podía suponer que en una Hacienda situada á más de 40 kilómetros de la Capital, hubiese á aquella hora un bloque de hielo como el que se echó en el barreño.

Se intentó jugar una partida de tresillo, pero no cuajó el propósito, porque apenas se hicieron dos puestas, se le empezó á sacar el jugo á la sangría; llegó Ricardo muy satisfecho con el recibo de haber puesto *¡El despacho!* como decía muy ufano, y cuando comenzó el sol á hacer largas las sombras, los jóvenes y los viejos salieron de la casa y se distribuyeron por aquellos vericuetos.

El Ministro se acordó á aquella hora de que llevaba unas semillas de claveles reventones que acababa de recibir de Cádiz, á donde las había pedido para regalárselas á doña Rosa, y la preparación de los tiestos para la siembra fué broma que duró toda la tarde.

Poco antes de ponerse el sol, llegaron á la Hacienda el Jefe Civil del pueblo inmediato y algunas personas más, que fueron invitadas á la comida que se preparaba.

La improvisación de doña Rosa resultó una comida regia, sobresaliendo una paella que rivalizaba con las del propio Valencia. La remojamos con vinos de las bodegas de Don Pedro Domecq, y para terminar nos sirvieron un café hecho al estilo de los campos, y como ya

lo quisieran para los días de fiesta los que creen en las capitales que toman café superior.

Si en el almuerzo no hubo brindis, lo que es en la comida no podía faltar este complemento, y el Jefe Civil se levantó con una copa de champagne y nos espetó un discurso muy bien dicho y muy bien pensado. Contestó el señor González del Campillo, y el bueno de don José, muy emocionado, no supo articular más que un ¡Viva España! que fué contestado por todos los presentes.

La banda de guitarras casi se había disuelto por falta de cuerdas, pero la Providencia, en forma de Jefe Civil, dispuso que á las nueve de la noche apareciera en *Las Tres Estrellas* una arpa, un violín, un guitarro y dos ó tres pitos, que pusieron en movimiento á toda la gente joven.

Cuando á la una de la madrugada nos retiramos á las habitaciones que se nos había preparado; el *joropo* estaba en todo su apogeo, y á las nueve de la mañana del siguiente día todavía no había sido posible hacer que cada cual se dedicara á sus habituales ocupaciones.

El del arpa, en el secadero, tocaba un joropo; el del violín ensayaba la Marcha de Cádiz, sentado á la puerta del gallinero, con un *perol* de café al lado, y el del guitarro se había agregado á la banda de guitarras y bandurrias, que estaban acabando de encordar los instrumentos para despedir al Ministro debidamente.

A las diez de la mañana dejábamos aquella hospitalaria casa, arriándose la bandera con todos los honores de ordenanza, y muchos nos acompañaron hasta la estación, á pesar de las protestas del señor González del Campillo, que no quería permitir que siguieran á pie los músicos ni los demás. Pero fué inútil; con música entramos en la estación y con música se nos despidió.

Ricardo nos acompañó hasta Caracas, donde debía recoger la correspondencia de la Mala Real Inglesa, en la que esperaba su padre cartas de Granada con noticias de su hijo Antonio.

Al arrancar el tren y perder de vista el animado grupo que formaban nuestros amigos en la estación, todos quedamos en silencio. Parecía que presagiábamos una desgracia. Ricardo iba en busca de noticias de su hermano ausente; el señor González del Campillo hacía algunos días que no se sentía bien, y por nuestra parte, encarcelados los redactores de *El Tiempo* pocos días antes de esta excursión, temíamos que la situación política del país se enmarañara más de lo que estaba y sufriéramos las consecuencias de otra guerra tan desastrosa como la que había terminado hacía pocos meses. Poco se habló durante la vuelta.

En Caracas encontramos la correspondencia de la Mala Real, y Ricardo volvió á la hacienda de su padre, con las cartas que había recogido

Las llevaba de su tío Antonio, de Granada, pero no sabía la terrible nueva que encerraban.

Yo, que la acababa de leer en mi correspondencia, no debí dejarle marchar sin decirle antes que su hermano había llegado á España enfermo y con síntomas de pulmonía, aunque me decían que estaba muy bien atendido y que habían telegrafiado á su tío Antonio para que bajara inmediatamente á Granada.

Cuando dijimos al señor Campillo lo que ocurría, nos aconsejó que enteráramos á Ricardo de lo sucedido; pero estaba ya en camino de la Hacienda y no pudimos evitar el golpe al pobre viejo.

Aquella misma tarde nos enviaba éste una carta con un peón, para que le tomáramos un pasaje en el vapor español que debía salir de la Guaira el día 15 de Julio.

Interrumpido el cable por aquellos días, estábamos incomunicados con el exterior y no fué posible disuadir al pobre padre que dejara el viaje para el vapor inmediato.

El día 15 lo despedimos en la estación, en Caracas, lamentando no poder bajar á la Guaira; pero lo acompañó el señor González del Campillo, el cual lo presentó al Capitán del "Cataluña," Don Luis Camps, de quien nos hablaba después en sus cartas.

Aquella misma noche debía honrar nuestra mesa el señor González del Campillo; pero al llegar á la Guaira, nos visitó sólo para excu-

sarse y decirnos que PEPE ROJAS había quedado muy bien recomendado á bordo. El se sentía tan mal del estómago, que se retiró inmediatamente. ¡Como habíamos de pensar fuera aquella la última vez que le veíamos en la calle!

No había pasado un mes desde aquel día; el 11 de Agosto inmediato fallecía en nuestros brazos el señor González del Campillo, cuanse creía curado de lo que siempre supuso que no era sino una ligera indisposición.

PEPE ROJAS supo la desgracia, por los periódicos que le enviamos, y la siguiente carta, que nos envió á su vuelta del viaje que hizo á España, se refiere precisamente á aquel terrible suceso.

CARTA CUARTA

Reanudo mis interrumpidas correspondencias, algo más tranquilo, después del improvisado viaje que me hizo emprender la noticia de que Antonio, que como sabes envié á Granada para que visitara á su padrino, había caído enfermo con una pulmonía.

Tú sabes que siempre he tenido el pie ligero; pero con ochenta años á la cola, te confieso que se me ha hecho el último viaje á España sumamente largo, pesado, y sobre todo, triste, porque temía que al llegar no encontrara á mi pobre Antonio, que un mes antes había visto lleno de vida y de salud. Gracias á Dios, cuando llegué lo encontré hecho un becerro, corriendo por los barrancos de Sierra Nevada, porque su tío Antonio se lo había llevado á pasar el Agosto en la Sierra.

Pocos días después de mi llegada recibí *El Heraldo Español* con la noticia de la muerte

de nuestro pobre Ministro, el señor González del Campillo, al que dejé en la Guaira tan saludable y campechano como lo hemos conocido todos. Antonio, que era el que más lo había tratado, porque iba casi todas las semanas á Caracas y Don Agustín le había impuesto la *penitencia* de que lo había de visitar, rompió á llorar como si hubiera recibido la noticia de la muerte de alguno de sus hermanos, y yo mismo, que ya me quedan pocas lágrimas, tuve que retirarme para no acompañar en su lloro delante de todos al pobre muchacho. El señor cura, que llegó en aquellos momentos, creyó que yo había recibido alguna mala noticia de casa, y cuando supo lo ocurrido, nos hizo á todos rezar una estación por el alma de Don Agustín, y Antonio le dijo que quería que al día siguiente le dijera una misa. También el señor cura se enterneció con la petición del muchacho y al siguiente día todos asistimos á la misa que se dijo en aquel rincón de la Alpujarra, por el alma de nuestro malogrado amigo. Como mi hermano Antonio había suspendido los trabajos de la era, casi todos los suspendieron también y la iglesia se llenó de gente que unió sus oraciones á las nuestras. Tu periódico pasó de mano en mano por todas las casas del pueblo, y cuando volvió á las mías era un estropajo. El último encargo que me hizo Antonio, fué que no me olvidara decirte que le enviaras tres números de cada uno de los periódicos en que publicaste la noticia de

la muerte, los funerales y el retrato y la biografía del Ministro. ¡Pobre D. Agustín! Todos hemos perdido un padre, con su muerte, y no me hago á la idea de que ya no lo veré más asomar por el valle, contigo, tan alegre, tan campechano, tan sencillo. Hasta la siembra de trigo, que él vió hacer, y los claveles reventones que él plantó en los tiestos del barranco, me parece que los he encontrado tristes y marchitos. !Qué quieres! en esta casa se ha sentido la muerte de D. Agustín como la del más próximo pariente, bien que eso y más se merecía aquel perfecto caballero. ¡Que Dios lo tenga en su descanso, que su nombre vivirá siempre unido al recuerdo del mejor amigo que hemos tenido en este mundo!

También supe allá, en España, los honores y las pruebas de cariño que tributó el Gobierno, la colonia española y la sociedad de Caracas á España y á su digno representante, y como he sabido que algunos buenos españoles piensan ofrecer un testimonio de su agradecimiento al Presidente de la República, te ruego que me hagas inscribir en la lista con la suma que te parezca. Todo lo que hagamos es poco para demostrar nuestro agradecimiento por lo que han hecho por nuestro Ministro y nuestra patria, en aquellos tristes momentos.

No tengo tiempo ni el ánimo para escribir algo sobre lo que he visto y estudiado en el viaje, como te ofrecí ahí hace pocos días; esto será motivo de varias cartas con datos que

han de serte de alguna utilidad, porque se relacionan con el comercio de España con esta República, tan insignificante para lo que pudiera y debiera ser.

Lo que no quiero es dejar de dedicar un recuerdo al capitán del "Cataluña," en el que hice el viaje para allá y para acá; porque todo lo que me habías dicho es poco para las atenciones y el esmero con que aquel lobo de mar procura hacer agradable el viaje á los pasajeros. Es muy difícil que á mis años vuelva á pasar el charco; pero te aseguro que adelantaría ó retrasaría cualquier viaje, por hacerlo con el amigo Camps, y lo mismo les oí decir á más de cuatro pasajeros, entre ellos á algunas lindas venezolanas que nos acompañaron en el viaje. Y luego, que el barco es una perla; limpio, andador, con camarotes ventilados, una mesa espléndida y una oficialidad atenta y cariñosa hasta más no poder. Te ruego me digas con tiempo el día que toque el "Cataluña" en el próximo viaje, en la Guaira, porque tengo que bajar á saludar al Capitán Camps y llevarle unas plantas y un recuerdo de este conuco.

Esto está muy tristón, por ahora. El tablón que sembramos de trigo supongo que se podrá segar á fines del próximo mes, pero no me parece que producirá como yo esperaba; lo han dejado agobiar por la hierba, y como yo me fuí á España y faltan brazos para otras labores, no lo escardaron á su tiempo.

Aunque no te puedo ofrecer hoy días tan

alegres como los que hemos pasado en este conuco, acuérdate de que siempre te espera con cariño tu amigo

JOSE ROJAS.

Las Tres Estrellas, 3 de octubre de 1901.

CARTA QUINTA

Como te ofrecí en nuestra última entrevista en esa ciudad, á mi vuelta de España voy á ir recordando los principales incidentes y observaciones que he hecho en el viaje.

Cuando llegamos al Puerto de la Luz, en Gran Canaria, me quedé asombrado de aquella obra que ha hecho de una ensenada perdida detrás de los arenales, uno de los mejores y más amplios puertos de España. Atracados al espigón había tres vapores haciendo sus operaciones, y algo más lejos tomaban agua y carbón otros tres, sin que hicieran más bulto que seis moscas nadando en un estanque. Aquello es inmenso y puede contener todas las escuadras del mundo. Bien se conoce que los canarios han tenido y tienen el padre alcalde; Don Fernando de León y Castillo bien merece el culto fanático que le tienen sus paisanos.

En Cádiz me recibió afectuosamente el señor Rodríguez, al que entregué tu carta, y él

mismo me acompañó á visitar á nuestro paisano el Gobernador civil Don Francisco Manzano, del que no he oído en Cádiz más que elogios por el tacto que ha desplegado en la solución de los eternos tiquis-miquis de política local. Con motivo de la visita de las escuadras alemanas, me halagó algo el que nuestro paisano hiciera los honores de España á todo el Estado Mayor del Príncipe alemán. Como al llegar supe que Antonio estaba completamente restablecido de la pulmonía, me pude detener dos días en la *tacita de plata* de Andalucía á ruegos del Sr. Rodríguez, que no me quiso dejar sin que hiciéramos una visita á Jerez. Al siguiente día fuimos á la célebre ciudad de los vinos y me hicieron *catar* no sé cuantas clases en las bodegas de Don Pedro Domecq, González Bayss y las del Marqués de Misa. Después del almuerzo visitamos el Casino y en él me tuve que enfadar un poquito, porque á nuestros buenos paisanos no hay medio de hacerles comprender que América y Venezuela no son territorios por descubrir, y me molestó que se asombraran de que dijera que en Caracas y hasta en Río Chico, yo había comprado y bebido vinos de las mejores marcas de Jerez. Por lo visto, la mayoría de aquellos señores eran cosecheros y todos decían que no habían enviado aquí pedidos ni viajantes, menos uno, que apenas oyó que yo vivía en Venezuela, dijo en redondo:—Puede que los conozcan y los beban; pero no los pagan. Tuvimos que entrar en ex-

plicaciones y supe que aquel señor había enviado hace algunos años un viajante á Venezuela, que le había gastado una fortuna y le había enviado muchos y fuertes pedidos, de los que muy pocos había cobrado. Entonces tuve que enfadarme más y decir algo sobre los viajantes, que debió ser muy desagradable para algunos que allí había, pero que hizo abrir mucho el ojo á otros, entre ellos á los cosecheros que yo había visitado por la mañana con el Sr. Rodríguez. Al fin le pasó el berrinche al que no había cobrado los pedidos y vinimos en conocimiento de que las letras que no le habían pagado, eran de pedidos que se habían servido á quien no debieron servirse.

Quedé en que á la vuelta pasaría por Jerez y me traería para tí unas cartas y unas cajas de la casa Domecq; pero ya sabes que no pude volver y supongo que te escribirán, porque en Cádiz, al despedirme del Sr. Rodríguez, le encargué mucho que me disculpara con aquellos señores.

En confianza te diré que les guardaba cierto rencor porque me hicieron firmar en los libros que hay en las bodegas, al entrar y al salir, y luego supe que esto lo hacían para despues cotejar las firmas y ver el efecto que ha hecho la *visita*; te lo advierto para cuando vayas.

Por la noche volvimos á Cádiz y al siguiente día salí en el tren correo para Granada. Un detalle que sé que te agradará En el Casino de Jerez y en la Cámara de Comercio de Cádiz,

pregunté por tu HERALDO, y me lo presentaron diciéndome que se recibe con puntualidad.

A las seis de la tarde llegé á Illora y comencé á ver las crestas del Muley Hasen y el Veleta. ¡Ay, Manolo, y cómo me latía el corazón en aquellos momentos! Hacía diez años que no veía la eterna nieve de nuestra Sierra, aquella vega tan extensa y tan hermosa, y á medida que se iba acercando el tren que me llevaba, iba percibiendo los barrancos, las cañadas, Pinos Puente; ya diviso una ligera neblina que se desprende de las innumerables chimeneas de las fábricas de azúcar de remolacha que rodean hoy á Granada; Atarfe, ya distingo perfectamente la catedral, la torre de la Vela, San Cristóbal, allá en el Albaicín, Granada, y en el andén, Antonio con su padrino, el viejo Antonio, que ha hecho el mayor sacrificio del mundo saliendo de la sierra para venir á recibir á su hermano, que viene de *las Indias*.

Me costó trabajo que mi hermano se convenciera de que tomáramos un coche para ir á su alojamiento; ¡la Posada del Sol! Antonio, que no viene más que dos veces en el año á Granada, en junio y en diciembre, para hacer las compras para la siega y las de la Pascua, no podría alojarse en otra parte que en su antigua posada del Sol. El día que la derriben, y esto será pronto, se quedará en la placeta de la Alhóndiga ó no vendrá más á Granada.

El camino desde la estación á nuestra posada, lo pasamos sin más accidente que la anti-

pática visita de los guardas de consumos en el fielato de San Lázaro. Los años transcurridos no han borrado mi ojeriza á este impuesto que nuestros gobiernos no se resuelven á suprimir.

En la próxima te contaré algo de mis visitas á nuestros amigos de Granada.

Tu amigo de siempre.

JOSE ROJAS.

Hacienda Tres Estrellas, 10 de octubre de 1901.

CARTA SEXTA

Quedé en mi anterior en que nos alojamos en la Posada del Sol, donde ya me tenía preparado Antonio mi cuarto, y en él nos sirvieron la cena que había hecho preparar. ¡Chico, que pescada en blanco con aceite nuestro, oliendo á gloria, y qué pan de harina de trigo, de veras, que arroz de Valencia con chorizos de Castilla, uvas de Santafé *lo negro* y vino de Valdepeñas! ¡Y luego me hablas de hoteles y fondas! Sólo cuando se ha estado diez años comiendo polvos con el nombre de harina de trigo, nauseabunda manteca, que de todo tiene, menos de cerdo, esos aceites amarillos que allá no se usan ni para engrasar máquinas, y los vinos artificiales que se venden aquí á dos reales sin envase, es cuando se puede apreciar lo que valen nuestros productos alimenticios. Pero llegó la hora del café y no te quiero decir lo que la sirvienta puso sobre la mesa. La misma

diferencia había entre aquel calducho y el sabroso café que hacemos en este conuco, que entre el arroz que preparamos aquí y la paella que nos sirvieron allá.

¡Todo se compensa en el mundo! Aunque estaba muerto de cansancio, no pude resistir al deseo de dar una vuelta por la ciudad y recorrí aquellas calles para mí tan queridas; entramos en todos los cafés, viejos y nuevos; en el Teatro Principal; pero el aspecto moderno de la parte baja de la ciudad me decía poco y arrastré á Antonio y á mi hijo á que subiéramos un poquito nada más, por la cuesta de San Gregorio, y subiendo, subiendo, y charlando, charlando nos encajamos en la placeta de San Nicolás. ¡Oh tierra bendita; viejo y todo no dejaré otra vez pasar diez años sin hacerte una visita; pudiera morirme antes, y no quiero que aquella noche sea la última que te contemplé desde aquella placeta tan llena de recuerdos para mí! Aquellos torreones al frente; la Vela, con su sonido acompasado; tres daba cuando subimos, y ya daba dos cuando llegamos de regreso á la Plaza Nueva, á la una y media de la mañana, Todavía quedaban abiertas algunas freidurías de pescado y no pude resistir la tentación. Aquellos boquerones tentaban á cualquiera, y más á mí, que hacía tantos años que no los veía. Al fin caí en la cama como piedra en pozo, hasta las siete de la mañana, que me despertó el ruido de los arrieros que llegaban á la posada.

Antonio y mi hijo habían salido desde el amanecer para la estación del ferrocarril y no volvieron hasta que se trajeron los bultos de mi equipaje y las cajas y sacos que llevaba con café, cacao y algunas fruslerías para ensayar su venta en España y hacer algunos regalos. No hubo medio de retrasar un momento la apertura de las cajas, y á los cinco minutos no cabíamos en el cuarto, de los trastos que había por medio; en la cama, en el suelo, en las mesas, todo estaba lleno de paquetes de café, de cacao, de bocadillos de Mérida, de Zarrapia: se abrió una botella de excelente ron de Carúpano y Antonio dijo que sólo encontraba mejor que aquello el aguardiente seco de la costa.

Antes de empezar las visitas que tenía que hacer, aprovechamos la mañana en visitar la pescadería, el mercado de Capuchinas y la Alhóndiga Necesitaba ver montones de trigo, maíz, habas y semillas para aspirar el olorcillo de nuestras eras. La alhóndiga está lo mismo que hace treinta años, y hasta me pareció que los arrieros y vendedores eran los mismos que tantos años me compraron á mí el trigo que llevaba.

En la pescadería, á veinte leguas del mar, estaban las sardinas y los boquerones coleando, merluzas, que parecía que me miraban como á un antiguo conocido, almejas y calamares, y sobre los capachos, nuestras frescotas y espléndidas pescaderas con sus arraca-

das de coral y gritando las excelencias del *corzo* de hoy, y dispuestas siempre á darle una *hostia* al primer marchante que se queje de la falta de peso; y por todas partes chorros de agua clara, como los ojos de aquellas mujeres, con sus delantales almidonados, limpias como si fueran á un baile, y sobre el ruido de aquel infierno los gritos de *¡A catorce los boquerones! ¡De á corzo la pezcá! ¡Esto son requesones!*

Me tuve que ir más que de prisa porque una hembra, remangada hasta el hombro y con unos molleros que daban ganas de morderlos, se empezó á fijar en que yo la miraba con un poco de insistencia, y como conservaba el traje blanco y el sombrero Panamá, la ví cuchichear dos ó tres veces con sus vecinas y me temí una *pita* de las de casa. Tú sabes cómo las gastan nuestras paisanas.

Mi primera visita, como me encargaste, fué para D. Luis Seco de Lucena, nuestro simpático director de *El Defensor de Granada*. Le dí tu carta y hablamos largo y tendido de tus proyectos sobre los medios de dar á conocer nuestros productos en esta República y los de Venezuela en España. Le entusiasmó tu proyecto de viaje llevando muestras de productos similares á los de España, y que se importan en Venezuela procedentes de otras naciones, para presentarlos en las Cámaras de Comercio donde podrías dar una serie de conferencias y después completar la información con las refe-

rencias particulares que necesitara cada fabricante y las noticias necesarias sobre aduanas, envases, declaraciones consulares, etc., etc. Si realizas tu proyecto, encontrarás en D. Luis el auxiliar poderoso que todos conocemos, porque su actividad desdice de la tierra en que nació.

El *Salón de "El Defensor,"* establecido en la calle de Reyes Católicos, ha llegado á ser el punto de reunión de todos los artistas, industriales y de *todo el mundo* de Granada; es preprecisamente lo que tú tienes tanto deseo de fundar en Caracas. Una especie de muestrario permanente de todo lo nuevo, de todo lo que es digno de llamar la atención, en las artes y en la industria y al mismo tiempo el sitio en que con seguridad se sabe por momentos todo lo notable que ocurre en el mundo, porque el servicio telegráfico de *El Defensor* es completísimo y está á disposición del público desde que llegan los telegramas. D. Luis me dió cartas para varios comerciantes que yo deseaba visitar, para presentarles las muestras de café y cacao, y quedé en que nos veríamos antes de irme á la Sierra, en su carmen.

En mi próxima te hablaré de mi visita á la Alhambra, con tu amigo Valladar.

JOSE ROJAS.

Hacienda Tres Estrellas, 18 de octubre de 1901.

CARTA SEPTIMA

Recibí oportunamente tus dos cartas, apremiándome para que continuara mis desaliñadas correspondencias, y hasta te has permitido decirme que los lectores de *El Heraldo Español* te han preguntado alguna vez porqué no las remito con más frecuencia.

Aparte de que ya sabes las causas que me han tenido alejado de estos valles algunas semanas, me parece una guasa tuya lo de las preguntitas, y te advierto que ya tengo poco pelo para que me lo tome nadie. En cambio, con más buena intención que acierto, no me has dicho una palabra de las *flores* que me han dedicado alguna vez en el libelo de marras; y te digo que no has tenido acierto al no darme cuenta de tales desahogos, si pensaste que me había de molestar, porque soy más viejo que tú en el país, conozco el personal de antiguo y me consta cómo son recibidas las publicaciones que, para desdicha de todos, se hacen con

frecuencia en Venezuela por desgraciados como el que nos ocupa.

Incidentalmente llegó, sin embargo, á mis manos, hace pocos días, un papelito en que se ponía de vuelta y media á este pobre corresponsal conuquero. Más vale así, porque ya sabes mi antigua teoría: de ciertas gentes lo temible es el elogio, y mientras no falte la famosa agua de San Nicolás, podremos sufrirlo.

Sólo en un momento he creído que podían haberte faltado los estribos, sin que te valiera el agua milagrosa, y ha sido al leer el ataque á la memoria de D. Alfonso XII.

Los que como tú y yo somos de Andalucía y conocemos el arranque heroico de aquel malogrado rey, atravesando las provincias de Granada y Málaga, entre la lluvia y la nieve, para llevar sus socorros á los desgraciados que gemían entre las ruinas de sus hogares arrasados por los terremotos de 1885, tenemos el deber de defender la memoria de Alfonso XII.

No olvides esto en lo sucesivo.

Vaya mi felicitación por la honra que ha dispensado á *El Heraldo Español* el señor Ministro de España, declarándolo órgano de la Legación y de la colonia.

La noche que recibimos el periódico con la comunicación del Ministro, se bebió en este conuco un palito de buen ron Carúpano, por la prosperidad de *El Heraldo* y del Ministro, y Pepe, que tenía que ir á Caracas de todos modos, anticipó el viaje para llevarte esta carta y

cuatro frioleras, entre las que encontrarás dos botellas de agua de San Nicolás que se pusieron por indicación de Rosa, la cual cree que las vas á necesitar.

Hasta pretende, nada menos, que le ofrezcas una de dichas botellas al señor Ministro. Te transmito su ruego, porque yo no quiero disgustos con la parienta.

En la cesta con las botellas va también un obsequio especial mío. Un paquetito de semilla de las flores de Albacete, que se venden en la estación de Alcázar de San Juan. Es una flor muy rara, que no tiene más que una hoja, pero fuerte y acerada.

No tengo tiempo hoy para continuar el diario de mi último viaje á España, que te prometo sin falta para la semana próxima, y voy á terminar con cuatro noticias de este conuco que yo sé que te agradarán.

La cosecha de café en estos valles, aunque no muy abundante está saliendo de una calidad extraordinaria, y un vecino nuestro ha llegado á cobrar hasta 18 y 19 pesos por el quintal de café descerezado. Esto no es tipo para la venta, sino como precio excepcional, porque seguramente en todo el mundo no se habrá cosechado un grano semejante. Como somos andaluces, es necesario que la vista haga fe, y al efecto, oportunamente recibirás un saco para que retires un poco para tí y el resto lo envíes á Granada, para que aquellos aficionados se convenzan de que no hay mejor café que el de

los valles de Aragua, aunque en el "Certamen Nacional" digan otra cosa. Lo que hay es que pasa con el café este lo que con el jamón de Trevélez; que apenas se produce para la mesa de cuatro privilegiados.

El tablón de trigo, casi se perdió, más por falta de cuidado que por otra cosa, pero así y todo se sacó algo y si Dios quiere comeremos el *jayuyo* de Pascua con harina de nuestro conuco, para lo cual, con esta carta, envío un saco al molino y aquí queda otro poco para irlo tostando y hacer *gofio*, del que ya tendrás ocasión de probar muy pronto.

Las lluvias nos tienen fastidiados con su insistencia; nos obligaron en primer lugar á segar el trigo antes de tiempo; tuvimos que trillarlo ¡en la cocina! y sacarlo soplando con un abanico. Chico, ¡la mar! yo creo que tenemos todos tamo en la garganta para dos meses.

Las verduras y frutos menores están, en cambio, que da gloria, y si el trasporte no costara lo que cuesta se podrían comer en Caracas como en la ciudad más barata de España.

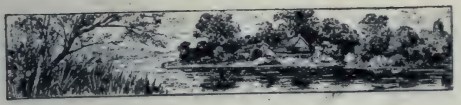
No tengo más tiempo porque Pepe se va. El día 10 ó 12 te mandaré la carta ofrecida y el café, y con tiempo te advierto que el día 1º de año te esperamos para pasar aquí dos ó tres días.

No tengo nada que recomendarte sino que no olvides nunca las máximas de nuestro insigne estadista y casi paisano don Antonio Cánovas del Castillo; "No hay ciencia más difícil

que la de saber callar y saber esperar", (sobre todo para nosotros). Tú para ayudarte cuentas con los consejos de Rosa y su agua de San Nicolás y aunque viejo y achacoso, en último caso, con tu buen amigo,

PEPE ROJAS.

Hacienda "Tres Estrellas" 3 de Diciembre de 1901.



CARTA OCTAVA

No te podrás quejar de mi exactitud en cumplir la promesa de continuar estas *conuqueras* con toda la regularidad que me permiten mis años y mis achaques.

Quedamos en mi penúltima carta en que tu amigo Valladar se brindó á acompañarme en mi indispensable visita á nuestra Meca, la Alhambra de nuestros antepasados, porque tú, como yo, no hay duda que descendemos de los últimos moros que se quedaron por los vericuetos de las Alpujarras.

Convinimos en vernos á las nueve de la mañana en el salón de *El Defensor*, y mis antiguos hábitos de sargento me llevaron con exactitud militar á la calle de Reyes Católicos y al Salón de nuestro popular periódico, donde tuve ocasión de curiosear los diarios y revistas de

España y del extranjero durante más de media hora que me hizo esperar el bueno de D. Paco. Aunque quiso que tomáramos un coche, Valladar no lo permitió y quiso que hiciéramos la excursión á pie para ir gozando de las bellezas de nuestro incomparable bosque, subir por la cuesta de la izquierda y entrar en el recinde la Alhambra por la puerta de la Justicia.

Comprenderás que he visitado la Alhambra más de cien veces y la he *enseñado* á cuantos amigos me han visitado mientras viví en Granada; pero te confieso que me parecía que era la primera vez que iba á ver los alcázares de los nazaritas, y mis recuerdos eran como de haber leído su descripción en las novelas de Manuel Fernández y González. Y algo así me ha resultado, porque visitar la Alhambra con tu amigo Valladar, es como visitarla con algún antiguo habitante de aquellos palacios, por el perfecto conocimiento que tiene de todos los rincones y todo lo notable que encierra aquella maravilla.

La última vez que estuve en Granada todavía estaba la Alcazaba ocupada con los presos militares, y la Alcazaba fué precisamente lo que visitamos primero. Con muy buen acuerdo se han trasladado las prisiones militares á otro lugar y pronto se empezará á restaurar aquella parte de la Alhambra. Aunque te parezca una chochez de viejo, no quise salir de allí sin subir una vez más, (quizá la última) á la torre de la Vela y ver desde allí la ciudad y su incompara-

ble vega. Ni el sol de julio, que ya sabes cómo calienta en nuestra tierra, era bastante á separarme de aquella contemplación. Sin embargo, te confieso que aquella no es ya la Granada que yo ví la última vez, desde la torre de la Vela. Las grandes obras de la Gran Vía han hecho un enorme boquete en el centro de la ciudad; en la Vega se alzan multitud de altísimas chimeneas que señalan otras tantas fábricas de azúcar de remolacha, y dejando á un lado la prosperidad que hayan podido llevar á nuestra vega, le quitan el aspecto legendario de un jardín inmenso, que río Genil abajo se perdía en el horizonte.

Al bajar tropezamos con una familia inglesa, á la que acompañaba un guía que les explicaba la virtud que posee la campana de la Vela, de hacer que se casen las niñas dentro del año, si la hacen sonar una sola vez. Dos flacuchas mises que escuchaban con sumo interés la narración, dijeron al guía que ellas querían *tocar la campana*; pero el torrero les hizo comprender que sólo se toca por las noches, excepto el día dos de enero de cada año, con motivo de la festividad de la *Toma de Granada*. No sé si convendrían en que fueran por la noche ó esperarán al día 2 de enero, para que las niñas tiren del badajo. Yo creo que aquéllas no se casan aunque toquen la campana de Toledo.

De la Alcazaba pasamos al Palacio Arabe y Valladar me hizo observar los destrozos que hizo el último incendio, en el que se quemó la

famosa sala de la Barca y otras preciosidades que se están restaurando bajo la dirección del actual Gobernador de la Alhambra, don Mariano Contreras. Precisamente cuando me estaba enseñando Valladar algunas celosías hechas según los diseños del actual Gobernador y restaurador de la Alhambra, llegó éste y me lo presentó Valladar. Yo no lo conocía aunque sí mucho á su señor padre, aquel don Rafael á quien todos mirábamos como el alma de la Alhambra. Según me dijo Valladar, su hijo es la prolongación del genio de don Rafael, y si el gobierno no fuera tan mezquino, la Alhambra se restauraría en algunos años. Algo se está consiguiendo, pero no todo lo que es de desear, porque algunas partes del antiguo palacio amenazan ruina, y si no se acude con tiempo es, fácil que desaparezcan construcciones importantes. Salimos del Palacio Arabe cerca de las doce y aprisa y corriendo tomamos el camino de la Puerta de Hierro y nos dirigimos al Hotel Washington, donde nos recibió nuestro antiguo amigo el simpático Mariano Ortíz, que ha hecho de aquel Hotel uno de los lugares más agradables que tiene Andalucía. Mi hermano Antonio quería á todo trance que bajáramos á la posada del Sol á almorzar unos boquerones que había encargado por la mañana, y se resistía á sentarse á la mesa con sus pantalones cortos, pero no hubo medio de resistir á Mariano ni á Valladar, que por lo visto tiene *vara alta* en aquella casa, y muchos amigos que le

saludaban con el nombre de *maestro*. Después supe que ahora algunas tardes *se hace música* en el salón del Hotel y es el mismísimo Valladar en persona el que dirige la orquesta que hace las delicias de los extranjeros que *temperan* en la Alhambra, y una buena parte de la alta sociedad de Granada sube á pasar muy buenos ratos en la famosa terraza del Hotel Washington Irving. En esta terraza precisamente nos pusieron la mesa, y no tengo que decirte si le hicimos los honores. Aunque Mariano estaba muy ocupado con una *tropa* de ingleses que tenía en el Hotel y el arreglo de una *juerguecita* para aquella noche, tuvo que acompañarnos á la mesa, en la que se presentó triunfalmente el gran Mariano con su histórica paella, plato legendario de aquella casa. La zambra de gitanos para aquella noche, traía loco á Mariano y tuvo que irse antes de terminar el almuerzo, para ver si encontraba dos *tocaores* y algunas *bailaoras* más, exigiéndome que había de subir por la noche para ver la juerga desde un sitio que él me prepararía. Valladar protestaba contra estas juergas, que hacen creer á los extranjeros que nos visitan, que son ciertas las tonterías que han escrito de nosotros cuatro chiflados franceses. Mariano hacía las declaraciones más patrióticas del mundo, pero como buen comerciante, no podía menos de dar gusto á sus clientes que le venían recomendados desde Londres y hasta los había recibido de San Petersburgo, á

donde ha llegado la fama de las juergas de gitanos que organiza el señor Mariano. Aunque dí toda la razón á Valladar, no dejé tampoco de ofrecer que subiría por la noche, porque tenía curiosidad, no de ver á los gitanos, sino á á los *extranjis*.

Por el paseo de la izquierda, al salir dei Hotel Washington Irving, desembocamos al campo de los Mártires, y por las cuestas aquellas al Realejo; de allí tomamos las calles de Santa Escolástica y Pavaneras á salir á la antigua Capitanía General, bajamos la calle de San Matías y por la del Escudo del Carmen llegamos á la fábrica de chocolates de Enrique Sánchez, íntimo amigo de Valladar, á quien yo quería conocer y presentarle algunas muestras de cacao. don Enrique Sánchez examinó detenidamente las muestras que yo le llevaba; las encontró de superior calidad á todo lo que se compra en los mercados de España y convinimos en que le enviaría, de ensayo, algunos sacos, en cuanto viniera.

Valladar tuvo que dejarme para asistir en el Ayuntamiento á no sé qué junta, como oficial que es en dicha Corporación, y yo, después de ver á los comerciantes para los que me había dado las cartas don Luis Seco; fuí á visitar á nuestro viejo patriarca don Francisco Javier Cobos, al que encontré como si no pasaran años por su vida. No sé cuántos abrazos le dí por mi cuenta y por la tuya. Actualmente desempeña la Dirección de la Escuela Normal y

pocas estarán mejor ganadas, —porque ya sabes que toda la actual generación de maestros en nuestra provincia ha pasado por sus clases— desde que comenzó de Regente de la misma escuela hace cuarenta años, hasta que por ascensos muy bien ganados ha llegado á obtener la dirección, por muerte de nuestro querido profesor don Luis María Lasala y Lozano, que la desempeñó últimamente.

Con el interés de un padre me hizo un interrogatorio en regla sobre tu actual situación, y las vicisitudes que te han traído á Venezuela, recordando los años que pasaste á su lado, tus defectos y tus *virtudes* (?)

Sus hijos, Paco y Eduardo, me acosaban y preguntas y á Paco, sobre todo, se le pasaban los grandes deseos de venir á *hacerte una visita*. Toda la tarde la pasé gozando la amena conversación de nuestro querido Maestro, al que ni el tiempo ni las desgracias de familia que lo han afligido en los últimos años, le han quitado nada de su clarísimo entendimiento.

Mucho me habías hablado de tu devoción por tu antiguo protector y maestro, al que yo por mi parte también profeso cariño filial; pero todo es poco, porque don Francisco te quiere como á un hijo y así me lo demostró al hablarme de vuestro conocimiento en el *Café del Pasaje*, de la protección que te dispensó para que siguieras una carrera y obtuvieras una escuela por oposición; de tus primeros trabajos en *La Lealtad*, su viejo periódico, al lado de

Valladar y del clásico Regente de la Imprenta, García Garrido, de *El Popular*, batallador periódico que sustituyó á *La Lealtad*, y sus campañas frente á *El Defensor de Granada*, que comenzaba entonces; de tus viajes á Madrid en busca de horizontes que para nada necesitabas, y de tu vuelta como la del hijo pródigo; pero todo esto con el cariño de un padre que siente los errores de un hijo. ¡Qué hermoso corazón y qué bien se merece el amor que le tienes á tu protector y maestro!

Sobre su tradicional mesa de despacho estaban los últimos números de *El Heraldo Español*, los cuales había recibido por el mismo correo en que yo había llegado y tuve el gusto de oír de sus labios, que le agradaba la forma y tendencias de la publicación, porque eran las que habías *mamado* en la primitiva *Lealtad*. Al hablarme así, los ojos inteligentes del decano de nuestros periodistas brillaban de emoción recordando su viejo periódico, en el que tantas y tan brillantes campañas había sostenido, y al que había enterrado gloriosamente antes que darle la forma populachera que exijen hoy los periódicos de á *perro chico*. Al hablar de la prensa de Venezuela y de la forma en que se hacen aquí las campañas políticas, no se extrañó de las persecuciones que suelen sufrir los periodistas, encontrándolo muy natural en un país republicano. Espera que tú, alejado de la política del país y ciñéndote á tu programa, no tendrás nunca rozamientos con las

autoridades, acatando las Leyes del país que has elegido para establecerte. Esto cree que no ha de serte difícil, porque esa escuela has tenido en su casa y en las publicaciones en que has colaborado bajo su dirección,

Salí de allí ya entrada la noche, ofreciéndole que lo visitaría á mi vuelta de la Sierra y antes de emprender el regreso á Venezuela, para recoger el retrato suyo que tanto me encargaste.

Y dejo para la semana próxima la relación de la *juerga* gitana organizada por Mariano Ortiz, porque se me ha venido ya la noche encima, y, francamente, con la luz del quinqué no veo las dichosas teclas de la máquina de escribir, que ya verás que manejo con cierto arte, porque apenas pongo una equivocación en cada línea.

Rosa y Pepe te mandan sus recuerdos, lo mismo que María; y Diego desde la Habana, te envió sus saludos. Espero que para mediados de enero lo tendremos aquí

No tengo que repetirte que te esperamos el día primero del año,

Tu amigo de siempre.

PEPE ROJAS.

Hacienda Tres Estrellas, diciembre 3 de 1901.

CARTA NOVENA

Ya estoy viendo la cara avinagrada que has de poner, porque supones, con toda razón, que al describir la zambra de gitanos organizada por Mariano no vamos á quedar muy bien, que digamos, ante los *extranjis*. Tú tendrás toda la razón que te dé la gana, pero á mí, á pesar de mis treinta años vividos en Venezuela, lejos de nuestras *juergas*, sazonadas con manzanilla, aceitunas y boquerones, no me pesan los años para correr detrás de una morena con faralares, y por oír unas malagueñas ó unas soleares, soy todavía capaz de ir á pie desde estos valles al fin del mundo. Con que perdona esta cana al aire y acuérdate que más de una vez tu seriedad ha desaparecido ante una chiquilla bailando en el Albaicín.

Como un *clavo*, que decimos aquí, estaba yo á las diez de la noche en el Hotel Washing-

ton combinando con Mariano el modo de asistir de *ocultis* á la juerga, hasta que quedaran solos los hombres y pudiera hacer mi presentación á los *señores* y alternar con ellos. La pieza número 12 que da al salón y tiene balcón al bosque, fué mi cuarto de banderas, preparado convenientemente con Jerez y unas aceitunas, etc., etc., para irse entonando.

Mientras llegaba *la tropa* eché un rato de palique con el pobre Mariano Fernández (el rey de los gitanos ó *Chorro e jumo*) que me tomó al principio por un extranjero y me encasquetó su fotografía con el consabido papelito en que hace constar, con orgullo, que sirvió de modelo al insigne Fortuny. Cuando supo que éramos paisanos, se lamentó de los malos tiempos, recordándome sus triunfos como modelo y como guía. Una vez más me contó que el príncipe Federico de Alemania cuando visitó la Alhambra, antes de ocupar el trono de su padre Guillermo I, *le habló*. Tú sabes el caso: El kronprinz salía del Hotel Siete Suelos, y al ver su facha estrafalaria, con la manta al hombro, el sombrero de catite, polainas con caireles y demás arrumacos con que se afavía para llamar la atención de los extranjeros y venderles su fotografía, se dirigió á él y le preguntó en castellano casi correcto:

—Bien, ¿y tú quién eres?

Chorro e jumo, que no tiene un pelo de tonto y sabía por la gente del Hotel quién le hablaba, le contestó poniéndose en facha:

—Yo soy el Rey de los Gitanos.

Al Príncipe le hizo gracia la respuesta y le contestó con amable sonrisa:

—Te felicito; somos colegas.—Y *Chorro e jumo* desde aquel momento se consideró como agregado al séquito del Príncipe, el cual le agasajó mucho durante su estancia en Granada, dándole al abandonarla algunas libras para los *churumbeles*.

El Rey de los Gitanos figuraba en la zambra que se proyectaba, como figura decorativa, y echaba ya venablos por la boca porque la *Trini* y la mujer del *Tenazas* no llegaban, temiendo que alguna bronca casera aguara la fiesta. Al fin, por la parte del Generalife, llegaron cuatro gitanas y tres *mozos crúos* con guitarras y bandurrias, que armaban un escándalo infernal en el que se perdían de cuando en cuando algunos mojicones, porque el *Tenazas* le estaba haciendo algunas advertencias á su costilla sobre la *condurta* que había de observar con los *extranjis* si alguno se tomaba ciertas confianzas.

La comida había ya terminado y los pasajeros esperaban en el salón la llegada de los gitanos, oyendo á una de las flacas mises que destrozaba una melodía de Bellini.

Mariano me condujo á mi habitación, como un cliente que acaba de llegar; yo dejé la puerta abierta, y al volver al salón, nuestro amigo les dijo en su idioma especial, mezcla de inglés, francés y caló, que cuando quisieran podían

entrar los de la zambra. Todos se levantaron y Mariano se presentó á poco, acompañado de su gente, á cuya cabeza iba el hermoso ejemplar de *Chorro e jumo*.

Un buen cuarto de hora mientras se templaban los instrumentos, y con todo el aparato que el argumento requería, la mujer del *Tenazas* se arrancó con una malagueña, que á mí me puso la carne de gallina. Malagueña clásica, de nuestra tierra, sin los jipíos con que los flamencos de hoy se duelen de los males de toda su familia. Por no romper el incógnito, ahogué en un vaso de Jerez el *olé tu mare* que se me salía, mientras los ingleses aplaudían y se entonaban también con Whisky. La voz aguardentosa del *Tenazas* apagó todas las conversaciones y yo creo que fué la que más gustó á los extranjeros, porque al terminar, uno de ellos fué muy ceremoniosamente á darle un apretón de manos como se le pudiera dar á un tenor de *primo cartello*. Mariano iba traduciendo al francés y al inglés la letra de las coplas, haciendo al mismo tiempo las observaciones del caso, porque á las primeras siguieron otras en *caló* puro, que no sé cómo haría comprender nuestro amigo á sus huéspedes. Terminada la primera parte, que sólo fué de canto, la *Trini* saltó al tabladillo que se había puesto en un extremo del salón, y las palmas, el taconeo de la bailaora, el jalear de los gitanos y los movimientos de caderas de la *Trini*, sacaron de quicio á los extranjeros. Las

mises y una señora gordota como un tonel se retiraron prudentemente, y Mariano se apresuró á sacarme de mi escondite y presentarme como un antiguo cliente suramericano, para que no perdieran la espontaneidad, si sabían que era español.

Chico, me ví *negro* con aquellos señores que ninguno sabía una palabra de español. Yo conozco el inglés de vista, el francés con muy poca intimidad y ya supondrás mi compromiso para entenderme con aquella gente. Hicieron traer manzanilla y pastas; pero el *Tenazas* y los demás gitanos dijeron á Mariano que lo mejor sería que les sirvieran unas magras con tomate y blanco de Valdepeñas.

El *Tenazas* no perdía ojo á su costilla, que él creía que *se timaba* con un inglés, el cual á su vez tenía fijo el binóculo en la *gachí*, con intenciones evidentes de *traducirse*.

Y siguió el guitarreo, el *cante jondo* y los bailes en el tabladillo, mientras se vaciaban como por encanto los cestos de botellas, subía la temperatura y Mariano se veía *negro* para aplacar los ardores del *Tenazas*, cada vez más amoscado con el *extranjis* del binóculo. *Chorro e jumo*, que ha adelantado en el inglés que es una barbaridad, servía de intérprete entre el *extranjis* y la *gachí*, huyéndole el bulto al marido, que le había sentenciado desde que se pensó en la juerga, una *mojá* si su mujer, por su causa, como otras veces, intentaba *salirse del tiesto*.

La intervención del gran Mariano contuvo las cosas en el límite extremo y á las cuatro de la mañana entró en el salón el batallón auxiliar de camareros que tenía prevenido Mariano, y que hicieron salir á los gitanos entre una gritería infernal, porque *Tenazas* y un tocador que le *tocaba* algo á la *Trini*, querían agarrarse con alguno de los ingleses por ciertas confianzas que se habían permitido á última hora Las *gachís* procuraban calmarlos con sus zalamerías, apelando en último extremo á sonar las libras esterlinas que llevaban en el bolsillo, con las que los *churumbeles* y ellos saldrían de apuros.

Además de lo espléndidamente que pagaron los extranjeros á las gitanas, Mariano les preparó un enorme canasto con restos del banquete y una *damajuana* de vino, con lo que la tropa terminaría la juerga en las Cuevas del Sacro Monte, en unión de sus amigos.

Cuando nos quedamos solos Mariano y yo en el salón, los camareros acababan de llevar á sus cuartos á los extranjeros, y el del binóculo repetía como una muletilla: "Mensonge elle n' á pas de navaca á la jarretiere."

En los coches del Hotel, que á aquella hora iban á llevar algunos clientes á la estación del Ferrocarril, para tomar el tren correo, me llevaron á la Posada del Sol, donde hallé ya á mi hermano, de pie, echando un pienso á las mulas, porque aquella noche debíamos salir para la Sierra á fin de amanecer en Orgiva.

Me acosté como el que vuelve ¡de los toros! y encargué mucho á Antonio que me despertara á las diez porque no quería dejar de visitar al Padre Manjón y sus escuelas del Ave María en el camino del Sacro Monte.

De esta visita me ocuparé en la siguiente carta, para que me perdones mi debilidad por la *juerga*, las *gachís* y el *cante jondo*.

Recuerdos de todos y hasta el día 1º

PEPE ROJAS.

Hacienda Tres Estrellas, diciembre 30 de 1901.

CARTA DECIMA

La interrupción del tráfico por la línea del ferrocarril de Caracas á Valencia, nos privó del gusto de verte por esta Hacienda el día de año nuevo, y á mí me quitó la gana de escribir la carta de la semana pasada. Estas trapizondas me entristecen, porque amo á Venezuela como si hubiera nacido en ella, y me duele verla desangrada y empobrecida por las ambiciones de los unos y los otros. Los que como yo vinimos á América en busca de más amplio horizonte para nuestras aspiraciones, deseosos de trabajar y hasta soñando con instituciones más liberales que las nuestras, monárquicas, que tanto criticamos todos cuando tenemos veinte años, lo que deseamos es paz y garantías para el trabajo y estabilidad en las disposiciones administrativas; desgraciadamente nada de esto puede dar un gobierno al que apenas se le da tiempo para atender á tantas revueltas. Y perdona esta ligera crítica de los

desgraciados sucesos actuales, que es lo menos que puede hacer el que como yo está trabajando día tras día en estos campos, que serían un manantial de riqueza si tuviéramos paz una docena de años.

Como te he dicho, la interrupción del tráfico por el ferrocarril nos cayó como un jarro de agua fría en la cabeza, porque en esta época es precisamente cuando más lo utilizamos para el envío de los cuatro granos de café y algunos novillejos que embarcamos por Puerto Cabello. Gracias á Dios se arregló el asunto, pero nos dió un susto de primera.

Y vamos á ver si yo arreglo los recuerdos de mi visita á las Escuelas del Padre Manjón, en el camino del Sacro Monte, que tenemos que recomendar á los que visiten nuestra bella Granada por tan dignas de visitarse como la Alhambra y el Generalife.

Después de la juerguecita de marras me levanté cerca de las diez de la mañana, almorzamos las migas con torreznos que había mandado hacer mi hermano Antonio, y salí en busca de Valladar para preguntarle á quién me había de dirigir para obtener alguna carta ó recomendación para el Padre Manjón. Aunque me dijo que no necesitaba nada, sino presentarme á la hora que quisiera en los cármenes donde están las escuelas, me recomendó á D. Luis Morell, muy amigo del Padre Manjón, el cual, á su vez, me dió una tarjeta para D. José García Garrido, actual regente de la

imprenta que tienen ya establecida las escuelas del Ave María. D. Luis hubiera querido acompañarme; pero tenía que ir á aquella hora á una junta de agricultores que lo esperaban, y me ofreció que si salía á tiempo, nos veríamos en los cármenes del Ave María. Estábamos ya en la Plaza Nueva, y á pie seguí con mi hijo Antonio la carrera de Darro, parándome cada vez que pasaba por nuestro lado un aguador con su borrico muy emperejilado, con sus aguaderas cubiertas con la fresca yedra del camino del Avellano.

Desde la Placeta de San Gil hasta el Paseo de los Tristes, detuve lo menos seis aguadores para verlos fregar los vasos y probar los anises y aquél agua tan fresca y tan cristalina. Cuando vengas, verás sobre la cómoda la figura de barro cocido que compré en la calle de Gracia á nuestro amigo Morales, representando un aguador con su burro. En el Paseo de los Tristes encontré, como hace veinte años, las famosas burras que alquilaba el zapatero á los canónigos del Sacro Monte para que subieran á la Colegiata. Sólo que en vez de la viejecita que repasaba antiguamente las cinchas de las pollinas antes de tener el estribo á los *señores*, salió una chiquilla á decirnos que su *mario* había ido á la esquina [ya sabes que toda la vida ha existido en la esquina una tabernilla,] pero que tenía una burra blanca más mansa que una oveja y que si necesitábamos dos pronto llegarían tres más, que habían subido

hacía ya mucho rato con dos *catredáticos* y un canónigo. Nos sentamos en los banquillos que nos ofreció y esperamos poco rato, mirando entre tanto el famoso balcón de la casa de Zafra, refiriéndole yo á Antonio las mil y una tradiciones que hay sobre él, hasta que llegó, montado en una de las burras un zagalón, llevando las otras dos por delante. Con las borricas vino también el *marío* de la alquiladora, un poco *turbio* de haber abusado tal vez de la *mañana*, y al vernos, se enderezó cuanto pudo, y con mucho cuidado examinó las cinchas y los arreos de las burras que íbamos á alquilar.

Borricalmente tomamos el Paseo de los Tristes adelante, y la cuesta del Chapiz, que las burras suben y bajan cuarenta veces al día. El zagalón que nos acompañaba tenía todo el aspecto de nuestros gitanos; pero era muy serio y hasta usaba ciertas formas poco comunes entre los muchachos de las cuevas del Monte. Al preguntarle si conocía al Padre Manjón; se animó la cara del gitanillo y contestó muy orondo: «¿Que si lo conozco? como que es mi compadre.» Y en pocas palabras, pero muy bien dichas, nos dijo que el Padre Manjón lo recogió en su primera escuela, allá por el año 1895, lo enseñó á leer y á escribir, y más adelante, con lo que le daba para su casa, habían ido saliendo; que su padre había muerto aquel año y que él había tenido que ponerse á trabajar con la María, la que alquilaba las burras,

pero que seguía asistiendo á la escuela de noche, hasta que el Padre lo colocara en casa de unos señores. Era un gitanillo hablando como ya quisieran algunos bachilleres. Cuando le dije que yo era de Granada, y precisamente del Albaicín, me preguntó cuántos años hacía que no había subido al Monte, y al decirle que más de veinte, repuso muy formal: «Pues no lo va Ud. á conocer, sobre todo por la gente que vive en el camino.»

En esto íbamos de la conversación, cuando nos alcanzó un sacerdote, que en una borrica blanca, muy andadora, subía también la cuesta.

Nuestro guía sintió el trotecillo de la caballería y se volvió diciéndonos muy alegre: «Aquí sube el Padre.» En efecto, era el Padre Manjón que subía de dar su clase en la Universidad y apresuraba el paso para dar un vistazo á sus escuelas antes que se rezara el Ave María de las doce. Yo no conocía al Padre Manjón y quedé algo cortado; pero el gitanillo se adelantó muy serio y le dijo al sacerdote: «Padre: estos señores van á visitarlo á Ud. y las escuelas del Ave María.»

Y he aquí cómo nuestra presentación al bienhechor de los pobres del camino del Monte la hizo uno de los desgraciados á quien ha redimido de la abyección y la miseria la obra redentora del Padre Manjón.

El Padre se mostró muy satisfecho de nuestra visita y nos instó á que apresuráramos el paso, porque el sol caía de firme y las doce esta-

ban también al caer y no debíamos perder la salida de los alumnos ni la distribución del almuerzo que se les servía á los pobres.

El trayecto desde el Peso de la Harina, en que nos encontramos, y los primeros cármenes, los pasamos al trote cochinero de las burras, saludados y bendecidos por los que no hace muchos años acosaban á los extranjeros que subían por aquel barrio. Te confieso que estaba asombrado, y es una obra tan grande la que ha hecho el modesto y sabio catedrático. del Sacro Monte en pocos años, que es necesario verlo para darse cuenta de ello.

Todos hemos conocido aquellos vericuetos y sus habitantes, tan salvajes como en el centro de Africa, y hoy es uno de los lugares más pintorescos y dignos de visitar de Granada. Y esta transformación la ha hecho un sacerdote que sólo cuenta con su sueldo como profesor de la Universidad y Canónigo de la Abadía del Sacro Monte.

Al llegar donde empiezan los cármenes que ha comprado el Padre Manjón, y que son seis nada menos, le pregunté cómo había hecho el milagro aquel, contestándome sencillamente: "Con la ayuda de Dios."

Antes de escribirte lo que son hoy los cármenes y las escuelas del Ave María, voy á incluir aquí la carta que he encontrado después en el libro con que me obsequió el Padre Manjón, y que fué dirigida á un antiguo amigo del [illegible]ismo, que deseaba conocer el comienzo de

la fundación para comunicarlo á otros amigos interesados por las descripciones que habían llegado hasta ellos.

He aquí la carta:

«Mi buen amigo y señor: Como la gratitud hace esclavos y eleva á deberes las atenciones y consideraciones recibidas, me considero obligado á darle noticias acerca de los orígenes del Ave María que Ud. ha pedido al noble Doctor Escribano, nuestro médico y común amigo. Quién sabe si él traducirá bien ó mal mis informes, ó si omitirá algún detalle por menos digno. En todo caso, la Santa Escritura dice que: "en el testimonio de dos ó tres está toda palabra" (ó verdad atestiguada).

«1º El principio de estas Escuelas del Ave María fué así:

«Llevaba en mi mente hacía años la idea de poner escuelas en el campo, y cuando paseaba por los alrededores de Granada (que era siempre que podía) se me recrecían los deseos, y más cuando en 1886 subí de canónigo al Sacro Monte y ví despacio aquellos caminos, cármenes y cuevas; y no pudiendo contener en el silencio el pensamiento que me aguijoneaba, le comuniqué á algunos amigos de confianza, los cuales se rieron y burlaron diciendo: "Ya tenemos aquí un nuevo fundador; sin duda le sobra el dinero."

«Mas he aquí que un día que bajaba sobre mi burra blanca para la Universidad (y montado, como siempre, en el borriquito de mi

fijo pensamiento), oí sorprendido canturrear la Doctrina Cristiana en una cueva que caía sobre el camino, y me dió un salto el corazón. Descendí de la burra, trepé por las veredas y hallé en una cueva á una mujer pequeña y vulgar, rodeada de diez chiquillas, alguna de las cuales era gitana. Entonces me avergoncé de no haber hecho yo siquiera lo que aquella pobre mujer, salida del Hospicio, estaba haciendo. Porque es de advertir que la *Maestra Migas* (así la llamaban los *ilustrados vecinos*), era una ex-hospiciana, con tres hijos, dos varones y una hembra, y sin medios conocidos de vivir. Me puse al habla con esta mujer, la invité á que subiera las niñas á Misa los días de fiesta, al Sacro Monte, le obtuve de esta Abadía la comida de las sobras del colegio, y me corrí á pagarla la cueva, que tenía algo de casa, y costaba al mes cuatro pesetas y cincuenta céntimos.

«Noté en aquella maestra improvisada algo raro y anormal; encargué á las señoras de la Conferencia de San Vicente de Paul que, como mujeres, la estudiaran, y éstas me dijeron que, á cu juicio, estaba loca. Y así era. En aquel verano, sin saber cómo, hizo un viaje por mar á Barcelona, ver á una hija que allí tenía, y ya no la volví á ver.

«Pero aquella loca me enseñó mucho más que los amigos sabios y cuerdos, porque dije yo: si con una tal Maestra y un tal local y tan escasos medios se ha podido organizar una es-

cuela de niñas en el camino del Monte, ¿quién duda que, mejorándolo todo, se llegará á tener un colegio con todo cuanto se quiera?

«Animado por este ejemplo, compré un carmen debajo de dicha cueva, busqué una maestra con título, instalé en octubre de 1889 (mes del Rosario) mi escuela primera de niñas; más tarde otra de párvulos, que encargué al marido de la maestra, y los niños y Dios han ido haciendo lo demás, contando hoy con dieciseis escuelas y ocho casas con jardín y huerta destinadas á la educación de la juventud en el campo. En el número de escuelas y casas comprendemos seis cármenes de Granada y dos casas con patio y huerta que hay en Sargentes (Burgos), cuyo origen merece párrafo aparte, porque también surgió de la nada.....

.....

«Es cuanto tiene que decirle su afectísimo amigo y capellán.

A.»

En mi próxima te diré lo que es hoy la escuela de la *Maestra Migas*. No tengo tiempo para más, porque José va á Caracas y no quiero que se me quede aquí esta carta.

Tu amigo de siempre,

PEPE ROJAS.

Hacienda Tres Estrellas, 15 de enero de 1901.

CARTA XI

Ya te dije en mi anterior dónde se fundó la primera de las escuelas del Padre Manjón: una mala cueva, especie de nido de águilas, y por maestra una pobre loca, que quizá no sabía leer ni escribir. Ahora ve lo que son las escuelas del Ave María, cuya fama ha traspasado los límites de nuestra provincia, y hasta las fronteras de España, porque no queda extranjero que visite nuestra ciudad, que deje de subir al Sacro Monte, y no es posible pasar por el camino y la puerta de los cármenes, sin entrar un momento á ver aquella bandada de chiquillos, que siempre han sido modelo de indisciplina y de desvergonzados, siguiendo con atención las explicaciones de los maestros ó evolucionando correctamente á los toques marciales de las cornetas de la banda infantil del batallón escolar.

Para los que hemos eludido siempre que ha sido posible acompañar á cualquier amigo que nos ha sido recomendado para que lo acompañáramos en su excursión al Sacro Monte, temiendo atravesar el camino, materialmente infestado de gitanos y chiquillos harapientos y pedigüeños, nos tiene que asombrar el hecho increíble de no ver hoy aquel innoble espectáculo de todo un pueblo dedicado á la mendicidad y á explotar á los extranjeros con mil engaños y artificios.

Llegamos á los cármenes precisamente en el momento que sonaba la campana de las doce y los niños se disponían á rezar las Avemarías antes de salir de clase. Desde el vestíbulo oímos el canto de aquellos inocentes, y debo confesar que en mi vida me ha hecho una impresión más grande. Parecía el gorjeo de una bandada de ruiseñores que se hubiera posado en el ramaje que rodeaba los edificios de las escuelas. Miré al Padre Manjón, y me pareció muy grande, tan grande, que su cabeza tocaba el cielo, porque sólo un hombre de condición distinta á la nuestra me parecía á mí capaz de hacer el milagro que veía.

Terminadas las oraciones, muchos niños salieron á sus casas á almorzar; pero muchos más quedaron en el recinto de las escuelas, y á éstos se les distribuyó la merienda que da la institución á los niños pobres.

Como me había dicho don Luis Morell, al Padre Manjón le satisface tanto que se visite

su institución, que apenas supo el objeto de mi visita, me dijo:

—Tanto amamos la inspección, que deseamos nos sirvan de inspectores todos los visitantes y que éstos sean muchos y lo vean todo; para lo cual la entrada es libre y nuestras escuelas no tienen porteros.

La obra de muchos por todos debe ser conocida, inspeccionada, corregida y auxiliada, y para esto, conviene ser visitada.

No hay cosa mejor, para formar idea clara de las cosas, que hacerlas entrar dentro del alma por vistas de ojos; lo que así se aprende, tarde ó nunca se olvida, porque se graba en la memoria con líneas y colores tales, que el tiempo, que todo lo devora, no consigue borrarlo. He aquí porqué decimos que las visitas á las escuelas son el favor de los favores y la mayor de las caridades. La estimamos más que la limosna que nos socorre, más que la influencia que remueve obstáculos, más que la devoción y amistad personales, que tanto animan y consuelan; porque la limosna, influencia y amistad más fecundas y duraderas, son las que nacen ó se consolidan con la vista de la Obra.

Con este motivo me refirió el siguiente diálogo que tuvo con un rico propietario de Granada, que subió acompañado de dos ó tres de sus hijos, y que se inserta en el libro que ha editado hace poco:

—¿Cómo es que mis niños comen mejor que estos de usted, decía, y están menos lucidos?

—Porque respiran peor, le contesté.

—¿Por qué mis hijos caen y ruedan con tanta facilidad, y los niños de Ud. corren y saltan como ardillas por estos vericuetos sin que les pase nada?

—Porque los hijos de Ud. andan acartonados, y estos están muy sueltos y acostumbrados.

—¿Cómo á mis niños les constipa cualquiera humedad ó viento, y á estos no les enferma el agua ni el frío?

—Porque estos se hallan endurecidos, y los de usted se crían en la blandura y el excesivo mimo y regalo.

—Mi mujer no quiere que sus hijas vayan al colegio (que está junto á la casa) cuando caen dos gotas de agua ó hace calor ó frío, porque las quiere mucho y teme se pongan malas.

—Pues estas niñas y niños vienen de lejos en invierno y en verano, sin reparar en el agua, el calor ni el frío, y no les pasa nada; y tienen padres que los aman.

—Veo á muchos casi desnudos, ¿tendrán frío?

—Les abriga un vestido que usted no ve, y es la piel dura y curtida y el constante ejercicio.

—Noto que sus voces son duras.

—Sí, es verdad, hablan á gritos; pero están en su casa y no molestan; así desarrollan el pul-

món y así chillan, jugando en libertad, los niños de aquí y los de Pekín.

—Observo que sus movimientos son airosos y resueltos, pero no muy finos.

—Es natural: no se crían en fanal, sino en el campo; no están de visita sino en juego; son dueños del local y se mueven con la soltura que da el hábito y la libertad y confianza que inspira el dominio. Son finos á su modo, pero no pueden serlo á lo urbano, porque ni en casa ni aquí se les enseñan ciertos detalles, que sólo puede enseñar la práctica.

—Parecen descarados en el mirar y nada cobardes.

—Pero su mirada es noble y franca, ¿y por qué han de ser cobardes? ¿Por qué han de temer no haciendo nada malo?

—Algunos habrá aquí que sean unos granujas.

—En general son buenos, los conozco por dentro, y algunos son mucho mejores de lo que parecen, juzgados por el traje y por cierto gesto. Vealos en el acto más animal y egoísta del niño, que es el comer. Aquí hay más de doscientos niños que no traen nada que comer de casa, y permanecen aquí todo el día alegres y tranquilos.

—¿Sin comer?

—A primera vista así parece.

—Les dará algo la Escuela.

—Es tan poco para tantos que casi no les toca nada.

—¿Pues entonces.....?

—Vealo usted, veanlo sus niños y aprendan bondad: los niños que traen algo lo dan y reparten con los que nada traen de sus casas, y lo hacen sin alarde.

—Eso es sublime.

—Pues eso lo hacen todos los días muchos de estos *granujillas*.....

Aquí mi interlocutor volvió la cara, sacó el pañuelo y enjugó sus lágrimas, y cuando pudo hablar, dijo á sus hijos, que también lloraban:

—Vosotros, que tanto tenéis, os disputáis los regalos, y estos pobres que no tienen sino un pedazo de pan, lo reparten con otros niños más pobres.

¿Olvidarán este padre y sus hijos á aquellos niños que, sin palabras, tanto les enseñaron?

—¿Cómo es, me decía otro día una señora que presenciaba la comida de las niñas, que las niñas pequeñas están más gordas que sus hermanitas mayores?

—Acérquese y vealo: las mayores se quitan el pan de la boca para dárselo á las pequeñuelas, y por eso éstas comen lo que quieren, mientras aquéllas se quedan con hambre....

—Y del calzado, noto que le viene grande!

—Tan grande como que es de otros pies; se lo han dado á su madre y la madre á sus hijas.

—¿Y dónde está la madre?

—Preguntádselo á la niña.

—Está sirviendo en casa de una señora por

la comida y las sobras, y cuatro pesetas al mes para pagar la casa.

—¿Y qué coméis?

—Un poco de pan que nos dan en el Colegio.

—¿A qué hora venís al Colegio?

—A las seis de la mañana, cuando nuestra madre se va á servir al ama.

—¿Y á qué hora volvéis á casa?

—A las seis ó las siete de la noche.

—¿Y no cenáis?

—Sí, señora, las sobras que dan á nuestra madre.....

Así viven muchas de estas criaturas, y se les hace un gran bien con tenerlas todo el día en la Escuela, porque sus padres están á todas horas fuera de su casa. Esto como se aprende y estudia es viéndolo. Si esta señora no es de bronce, ¿se olvidará jamás de esta escena, ó serán sus recuerdos estériles?

Repitámoslo: la visita es un bien para la escuela y para el visitante; y no teman que con ella nos molesten, porque no se interrumpen juegos ni clases, y nuestro mayor gusto es enseñar nuestra casa y Colonia, singularmente cuando los dueños, que son los niños, están en ella. Vengan, pues, indiferentes, simpatizadores y amigos, en cualquier día, á cualquiera hora, y observen, pregunten y vean cuanto quieran, seguros de que honran y sirven de estímulo á la Institución y mejoran sus almas.»

.....

Acompañados del Padre Manjón visitamos todos los cármenes y los edificios que se han construido para las escuelas, dotados ya de los aparatos que ha inventado la moderna pedadogía, es decir, juguetes para enseñar divirtiendo, y de esta manera se comprende el que aquellos inquietos chiquillos no sólo se sometan á la disciplina del colegio, sino que estén en los cármenes casi todas las horas del día, sin señal de cansancio.

Muy pronto contarán las Escuelas con talleres, como ya tienen establecido en el carmen de San Juan ó de la Victoria su imprenta, de la que es regente un antiguo amigo nuestro, don José García Garrido, que tantos años regentó la imprenta de nuestro querido profesor don Francisco J. Cobos, donde se editaron obras tan notables como el "Glosario Etimológico de las palabras árabes introducidas en el castellano," y otras no menos notables.

Pasamos más de dos horas recorriendo las dependencias de las escuelas y no quise volver á la ciudad sin visitar la abadía del Sacro Monte, donde hallé á nuestro venerable amigo don José de Ramos López, abad en la actualidad del famoso Monasterio y Universidad, de la que han salido tan preclaros ingenios.

Convinimos en que á mi vuelta de la Sierra iríamos á visitar el carmen de San Juan, recientemente comprado, y las escuelas que se estaban construyendo en la Quinta Alegre.

Después de un refrigerio, tan espléndido

como se sirve siempre en aquella santa casa, tomamos la vuelta de la ciudad por el Salvador y la cuesta de María la Miel, para dar una última coleada por nuestras callejuelas del Albaicín.

Aquella noche debíamos salir para Orgiva y me acosté un ratito, con el cuerpo molido del ajetreo del día, pero con el ánimo abierto á grandes esperanzas con respecto á la regeneración de nuestra Patria si la obra del apóstol de la educación en Granada tiene imitadores en otros puntos de España.

En mi siguiente carta me ocuparé de nuestro viaje á la Sierra.

PEPE ROJAS.

P. D.—Acabo de recibir los periódicos de Granada y en ellos la noticia de la muerte del abad del Sacro Monte, Ilmo. señor Don José de Ramos López. Dios lo haya acogido en su seno. La Abadía del Sacro Monte ha perdido uno de sus hijos más ilustres y todos tenemos que lamentar su muerte.

VALE.

CARTA XII

El coche para Lanjarón debía salir á las 8 de la noche y en él pensábamos hacer el viaje mi hijo Antonio y yo, porque mi hermano tenía que llevar en las mulas las compras hechas para el agosto y nos debía esperar en Lanjarón, y no quise salir de Granada sin hacer una visita á nuestro antiguo amigo y jefe, el Excmo. Sr. D. Antonio J. Afán de Rivera, Comandante del Cuerpo de Bomberos y Delegado de la Cruz Roja en Granada. Preguntamos por teléfono á su casa si se encontraba en ella, y nos dijeron que debía estar en el Parque ó quizá en el Carmen de las Tres Estrellas, en el Albaicín, á donde debían subir algunos amigos suyos aquella tarde.

Cuando llegamos al Ayuntamiento y al Parque, nos dijeron que don Antonio acababa de salir para su carmen, y resolví subir yo tam-

bién, pero á pie y por la cuesta de Marañas, para ver una vez más nuestra vega y la ciudad, desde la Cruz de Quiroz. No pude menos de detenerme un momento en aquel Parque, que ha mejorado mucho desde que tú y yo éramos ayudantes de nuestro querido jefe don Antonio. El material de incendios se ha completado con nuevas bombas de gran potencia, escalas de salvamento y herramientas modernas; la guardia permanente se ha aumentado, el cuarto de oficiales se ha decorado convenientemente, lo mismo que el despacho del Comandante, y si hoy tuviéramos que hacer, como otras veces, nuestras guardias en la frías noches de invierno, no se nos harían tan largas y pesadas. Nuestro antiguo compañero Pepe Martín Zamora estaba allí, dirigiendo la limpieza y reparación de una de las bombas, que en el ejercicio de aquella mañana se había descompuesto.

Resguardándonos del sol atravesamos el Puente del Carbón, la calle de Reyes Católicos, la Alcaicería, y tomamos las callejuelas de Mesa Redonda, admirando al paso nuestra Capilla Real, en la que se siguen con actividad las obras de restauración, y por los Almireceros salimos á la plazuela de San Gil, comenzando nuestra subida por la Caldererría Nueva. Al salir á la placeta de San Gil, recordé tu encargo de visitar á tu amigo el inspirado pintor Rafael Latorre, que vive allí, y pregunté por él en su casa, donde me dijeron que había sa-

lido con algunos discípulos para subir á un carmen del Albaicín y que quizá lo encontraríamos en la placeta de San Nicolás, donde estaba tomando algunos apuntes.

Con toda la calma á que me obliga mi edad tomamos la cuesta de Marañas y llegamos al derribo que hay cerca de la Cruz de Quiroz, y desde donde se divisa toda la vega, el Triunfo, la estación del Ferrocarril y algunos pueblos de la Campana. Todavía, fijándome un poco, divisé las torrecillas de la ciudad de Santa Fe, fundada por los Reyes Católicos.

El sol picaba más de la cuenta y nos metimos de nuevo por las estrechas callejuelas que conducen á la plaza de San Miguel Bajo, y por detrás de la casa de la Lona y el convento de Santa Isabel la Real, salimos al callejón y la placeta de las Minas, entrando en la Plaza Larga por el Arco de las Pesas

El alma de nuestro insigne novelista Manuel Fernández y González flota en el ambiente de nuestro barrio y, á pesar de las modificaciones que se han hecho en algunas casas de la famosa plaza, yo me la reconstruía tal como la ha descrito el autor de *Martín Gil*, *Los Monfíes* y tantas otras obras inspiradas en las leyendas del histórico Albaicín. Pensando en Fernández y González y sus obras, llegamos al legendario carmen de las Tres Estrellas, en cuyo recuerdo bauticé yo este humilde conuco, y figúrate mi alegría al ver sobre la puerta, de arco clásicamente árabe, una lápida monumen-

tal dedicada al eximio novelista. La lápida dice así:

A la memoria de
Manuel Fernández y González, insigne poeta
de alma granadina, fecundo novelista,
en cuya obra *Martín Gil* tan
admirablemente se retrata el barrio predilecto
de los amigos de las musas, el Albaicín
famoso, congregados éstos por Afán
de Rivera en su huerto de las
Tres Estrellas,
acordaron se esculpa y fije la presente lápida,
el domingo 5 de Noviembre del año
del Señor de 1899.

Por la puerta, abierta según nuestra costumbre, se veía el emparrado y los tiestos que ornaban los poyos de la plazoleta de entrada, y en modestas sillas de enea, sentados alrededor de una mesita, estaban el cantor de nuestras tradiciones populares, nuestro viejo amigo el popular don Antonio, como le llaman en el Albaicín todas las comadres del barrio, con otros dos caballeros á quienes yo no conocía.

Ni los años que hace que no nos veíamos, ni mi traje algo *indiano*, le impidieron á don Antonio conocerme en el acto, dándome un fuerte abrazo y acosándome á preguntas. Me presentó á los amigos que le acompañaban, que eran otros dos amantes de nuestro barrio, Don Matías Méndez Vellido, castizo escritor y autor de varias obras que yo conocía, y Diego

Marín, inspirado pintor y escritor, que habian subido á hacer su obligada visita á nuestro amigo en su poético carmen. Se habló de todo, recorrimos los arriates sembrados de flores y albahaca, y don Antonio nos obsequió con la merienda más sabrosa que se puede tomar en la vida: bollos de aceite del *Corzo*, aceitunas aliñadas, jamón de Treveles y vino de la colonia de *Los Gatos*; no podía ser todo más clásico. Don Antonio me dijo que recibía y leía *El Heraldo Español* y que, como le habías pedido, figurabas como socio de la Cruz Roja en Granada, recordando con este motivo la campaña que hicísteis cuando los desgraciados sucesos de Melilla. También me dijo que se te envían todas las publicaciones referentes á dichas instituciones y que no hace mucho te envió su último libro de *Leyendas*. Nuestro viejo poeta es siempre el mismo, tan alegre y dispuesto como lo hemos conocido, patriota y entusiasta por nuestros recuerdos.

Felicitándalo por el homenaje que había dedicado á Manuel Fernández y González, me regaló como recuerdo de aquella visita una copia de la escritura otorgada el día que se colocó la lápida, ante el notario don Elías Pelayo y Gómez, y suscrita por muchas personas notables de Granada. Es una preciosidad tipográfica hecha en los talleres de Paulino Ventura, á quien todos conocemos como el heredero de la dinastía de impresores que han llevado su apellido en el pasado siglo.

La tarde se iba y me despedí de don Antonio, que me hizo prometerle que lo visitaría antes de irme, porque me quería dar unos libros para tí.

Se me ha hecho muy larga esta carta y tengo que dejar para la siguiente lo referente al viaje á Lanjarón.

PEPE ROJAS.

PARENTESIS *

CARTAS ANDALUZAS.

VII

Pequeñeces y miserias.—La ley de las compensaciones.—En mi estudio.—El Viaje de Pepe Rojas.—De la Alhambra á la JUERGA flamenca.—Las Escuelas del Ave María.—A Sierra Nevada.—Muley Hasem é Isabel de Solís.

Granada, 24 de Marzo de 1902.

Señor Director de *El Heraldo Español.*

Mi querido amigo:

Esta no va realmente dirigida á usted, sino al buen Pepe Rojas, á quien ruego dé un apre-

* Creemos oportuno reproducir las cartas de D. Francisco de P. Valladar, cronista de la provincia de Granada, y D. Juan Moneva y Puyol, catedrático de la Universidad de Zaragoza, ambos corresponsales en España de *El Heraldo Español*, y á las cuales se refiere Pepe Rojas en su carta XIII.

tado abrazo en mi nombre, como recuerdo de antigua amistad y de los días que entre nosotros ha pasado en esta Granada de los cármenes, de la poesía, de los monumentos árabes y de otras cosas que no son bellas ni buenas y que los granadinos debemos velar con una manta zamorana para que nadie sepa nuestras miserias y pequeñeces.

Porque en esto de pequeñeces, mi querido Manuel. estamos á una altura inconmensurable. Los moros fueron sabios en muchas cosas y especialmente en lo de subirse á las más eminentes montañas de la ciudad á construir sus palacios y sus sitios de recreo. No soy moro, ni la Alhambra ni el Albaicín son míos, por desgracia; y, sin embargo, cuando contemplo la ciudad desde la explanada de San Nicolás ó desde el cubo construido por Carlos V como avanzada de las fortalezas de la Vela y torres que la rodean, encuentro tan pequeña la población moderna, tan chicos á los que se agitan por las nuevas calles adoquinadas, que me dan deseos de no bajar nunca las cuestas que conducen desde aquellos parajes en que se respira atmósfera pura de grandezas ciertas, á los en que revuélvense airadas en su insignificancia, unas gentes que recuerdan las tremendas sátiras volterianas en que se describe á Liliput. . .

Precisamente acerca de esas pobres pequeñeces hablé mucho con nuestro buen Pepe Rojas. El, como usted, como yo, no vemos generalmente en esta Granada que tanto quere-

mos, sino aquello que conmueve nuestras almas. Por una justa compensación, los que vivimos como nosotros, nos abstraemos con frecuencia de cuanto nos rodea, y sobre la efímera base del laborioso y amargo pan que ganamos, edificamos una existencia bien distinta de cuanto materialmente nos rodea.

Encerrado en mi cuarto de estudio, con mis libros, mis recuerdos de árte y de arqueología; saturada la atmósfera de aquella habitación con el aroma de las flores que la mano cuidadosa de mi mujer coloca en modestos búcaros; estudiando ó escribiendo de historia ó de arte, ¡qué lejos estoy, querido Manuel, de la realidad de esta vida en que se agita y consume mi organismo, enfermo del trabajo y de las contrariedades!.....

Es verdad que á ese mi cuarto de estudio, aun al Albaicín y á la Alhambra, van á turbar mi reposo las pobres pequeñeces de esta moderna Liliput; pero un día, una hora lejos de las calles adoquinadas, lejos de las gentes retratadas con antelación y horrible verdad por Voltaire, es una hora ó un día de pura y sencilla dicha, que no les está reservada, por una de esas leyes de la compensación, á los que me preguntan cuando estudio, ó escribo, ó dirijo orquestas:

—Y ¿cuánto le produce á usted eso? ¡Porque gratis no lo hará usted!.....

Dejemos á los pequeños y hablemos de la visita de nuestro buen Pepe Rojas en su viaje

á Granada. ¡Bien gozó nuestro amigo visitando la Alhambra! El, á pesar de ser granadino, ni conocía los rincones de la abandonada y desconocida alcazaba, algo más digna de estudio de lo que muchos se figuran, ni tenía aún noticias de lo que estudio ahora con gran empeño: del famoso palacio de invierno, por el que tantas censuras ha recibido, aun de arqueólogos eminentes, el gran Carlos V. Y sin embargo las diatribas contra el César, el pretendido palacio de invierno está allí, y allí hay departamentos tan interesantes como el pequeño recinto que fué quizá habitación de la sultana favorita, de la esposa preferida. Por cierto que ese cuerpo de edificación y lo que constituía el harem, unido á aquél, merecen detenido estudio para ver si logramos que llegue un día en que no se disparate tanto, como ahora sucede siempre que se habla ó escribe de artes y monumentos hispano-musulmanes.

Todo lo vió y lo tocó nuestro amigo. Me preguntó tanto y tanto, que me puso en grandes apuros, porque la memoria no ha de ser tan fiel que conserve íntegros los estudios que del palacio tengo y que aproveché en parte en mi "Guía de Granada." Algo me ayudó contra el preguntón impenitente, Mariano Contreras, que llegó precisamente cuando yo explicaba á Rojas los destrozos del memorable incendio y le contaba cuando usted, aquella noche de amarguras y penas, me ayudó á salvar del incendio el patio de los Leones, que una hora más tarde, sin

nuestra decisión, lo hubieran consumido las llamas.

Mucho se conmovió con todo ello el buen Rojas; me abrazó casi lloroso y me prometió dar á usted otro abrazo no menos entusiasta y apretado.

Así, de coloquio en coloquio, primero en el palacio, luego en las primorosas torres del Secano y después en los jardines de la fonda de Siete Suelos, pasamos el día y aun la noche; pero el amigo Rojas, á pesar de mis protestas y consejos, quieras que no, me resultó *flamenco* y se metió de hoz y de coz en una juerga gitana organizada en honor de unas *mises* y unos *lores* que daba lástima mirarlos.

Dígale usted que le cuente—aunque no quiera hacerlo—cómo se entusiasmaba ante los lúbricos movimientos de las gitanillas, que parecen herederas de aquellas bailarinas gaditanas que divertían á los romanos y que el poeta Martínez Durán mencionó en sus famosos "epigramas." Que le diga si es verdad ó no que faltó muy poco para que á pesar de sus canas saliera á bailar con las morenas hijas del Albaicín.

El le dirá que estuvo muy preocupado porque no domina el inglés lo suficiente para entendérselas con aquellos señores; pero la preocupación fué otra: la de que los ingleses y yo le estorbábamos para hacer amistad íntima con las *gitanicas*, entre las cuales las había muy guapas, dicho sea en razón y en justicia.

Lo notable del caso es que el buen Rojas piropeaba á las gitanas, traspasando un tantico los límites de la prudencia, y uno de los ingleses fué á pagar los atrevimientos de nuestro amigo.

No recordaba yo que Rojas fuera tan alegre y divertido. Más vale así, porque eso de estar siempre fúnebre es de lo más negro y fastidioso que conozco. Mucho trabajo me costó convencer á Rojas de que no debíamos ir al camino del Sacromonte con los gitanos á concluir la *juerga*; estaba casi decidido, y fuera su propósito irrevocable si parece por allí alguien que lo hubiera animado á desobedecerme.

Las *malagueñas*, los *jaleos*, los *tangos*, las *soleares*, las *seguidillas*, le hicieron tal impresión, que por la mañana, cuando fuí á buscarle para que subiéramos á las Escuelas del Ave María, temí que mi hombre se quedara en cualquiera de aquellas cuevas, ó que, preocupado aún por las gitanas y sus picantes chistes y bailes atrevidos, hiciera mal papel ante la grave austeridad del P. Manjón, fundador y director de las Escuelas; pero me engañé; sus miradillas hubo á nopales, pitas y cuevas, pero las bailarinas de la noche anterior, ó descansaban de la *juerga*, ó faltas de los pintados y llamativos atavíos de las fiestas, discurrían por allí sin que nadie, ni nosotros mismos, las conociéramos; de tal modo se aliñaban y se adornaban.

Rojas pasó una excelente mañana en las Escuelas, y la carta donde habla de todo eso es lo mejor de cuanto de él ha publicado usted en su simpático periódico.

No hay que decir por qué no acompañé á Rojas en su viaje á Sierra Nevada: estoy muy delicado de salud para sufrir los rigores de una expedición tan difícil. De buena gana hubiera ido con él. Tengo vehementes deseos de aspirar el embalsamado aire de la Sierra; de gozar ante sus panoramas y sus precipicios; de admirar el pico de Muley-Hasem, donde la fantasía árabe inventó la poética leyenda de la sepultura del penúltimo Rey Granadino.....

Cuando describen ese enorme picacho, represéntaseme la infortunada Isabel de Solís, confiando á las nieves perpetuas y á las rocas calcinadas por los hielos, el cadáver del hombre á quien tanto amó, y por el que abandonó patria, religión y familia.

¡Qué hermosa fantasía la de nuestros antiguos dominadores!.....

Francisco de Paula Valladar.

El Heraldo Español, Caracas Abril 30 de 1902.

"Facta, non verba"

Llevamos la gente latina siglo y medio de no trabajar sino con la pluma y con la lengua, pero aun mucho más con la lengua que con la pluma. Nace de aquí la ventaja que nos llevan germanos y sajones: mientras nosotros decimos, ellos hacen; pero si nosotros hiciéramos todo lo que sabemos decir, seríamos dueños del mundo.

Muchas veces me ha ocurrido hacer una experiencia que cualquiera puede repetir: he reunido dos ó tres muchachos, les he dicho: esto, (tal trabajo científico, literario, de investigación) se hace así, y les he explicado con el mayor lujo de detalles la regla para verificar aquella obra: me han oído atentamente y han seguido quietos.

Sin decirles nada ni enseñarles ninguna regla, he dejado ver á esos mismos jóvenes lo que yo hacía, y ellos se han puesto á hacer lo mismo, y lo han hecho sin necesidad de reglas enseñadas con anterioridad.

En suma: chicos y hombres dicen lo que oyen decir y hacen lo que ven hacer: esto es natural imitación: de un orador se aprende á hablar, de un trabajador se aprende á hacer: es lógico.

Sirva de prólogo esta reflexión á las buenas nuevas que hoy tengo que dar á mis lectores de Venezuela.

La suscripción para los inundados.—Don Manuel León Sánchez, director de *El Heraldo Español*, al leer en una crónica escrita por mí para este periódico, la noticia de la terrible inundación bajo-aragonesa ocurrida en 1901, abrió en su periódico una suscripción en pro de la comarca damnificada.

Desavenencia entre hermanos,—¡qué lástima! ¿por qué hemos de ser así?—y la guerra con Colombia, rebajaron mucho la cuantía de lo que podría haber logrado esta suscripción. Al fin, pocos días ha, he recibido de D. Manuel León Sánchez una letra sobre Madrid por valor de 224 pesetas, producto de la dicha suscripción en los Estados Unidos de Venezuela. Por la carta adjunta y por las anteriores, me concede además plena potestad para disponer libremente de esa cantidad en favor de la comarca que sufrió la catástrofe. En Dios y en mi conciencia he deliberado lo que convenía hacer con esas pesetas, y helo aquí:

Aplicación de la cantidad.—Si yo hubiese dividido esa cantidad entre los perjudicados, no hubiese llegado la cuota á dos céntimos de

peseta: si hubiese preferido unos pueblos á otros, la injusticia era inminente, y era preciso que ese dinero beneficiase á la comarca. He optado, pues, por fundar una obra que beneficie á la región en donde acaecieron las inundaciones.

No son éstas el único ni el mayor mal de aquel país; la inundación es una calamidad que ocurre de tiempo en tiempo; y, cuando ocurre, despierta una reacción de medidas caritativas y de gobierno en favor de aquel país, pero la usura es otra calamidad tan extensa como la inundación; los ahogos que causa son continuos, contra ese mal no hay compasión que alivie ni medidas de gobierno que la combatan. Para suprimir la usura, el país darocano necesita una Caja rural; pensé, pues, fundar en Daroca con esas 224 pesetas una caja de ahorros.

El ejemplo.—Lo conocen ya los lectores de *El Heraldo Español:* les expliqué, hace unos meses, cómo se había fundado y cómo vivía en Jabalí Viejo, suburbio de la ciudad de Murcia, la Caja de Ahorros fundada por don Nicolás Fonter; invité á quienes tuviesen amor á su país para que repitiesen la obra del patriota murciano: éste comenzó su empresa con 52 pesetas recaudadas de diez en diez céntimos; yo disponía de 224 pesetas, no había por qué vacilar.

La fundación.—Fuí á Daroca el día 8 de Febrero, traté reservadamente el asunto con las autoridades de la ciudad, y convinimos en

que al día siguiente haríamos la fundación. El Alcalde convocó por edictos y pregones al vecindario en la casa de la ciudad para tratar intereses de la comarca; y después de la misa de once, se reunieron en el salón de sesiones de la Casa Consistorial, el Alcalde, el Cura Párroco de la Iglesia Mayor, todo el Ayuntamiento y los más importantes vecinos de Daroca.

El Alcalde expuso el objeto de la reunión y se me concedió la palabra.

Yo no iba á decir, sino á hacer, y fuí muy breve: me limité á exponer la importancia de las costumbres de ahorro, de la conveniencia de combatir la usura, estableciendo instituciones que permitan al labrador obtener dinero á bajo precio cuando lo necesita para sus explotaciones. Dije que tenía el remedio en mis manos y que iba á dárseles.

Expuse la historia de la suscripción iniciada por *El Heraldo Español*, mostré la letra de cambio que me había sido enviada, y en nombre de nuestros hermanos de Venezuela, de los que contribuyeron á la suscripción y de los que tuvieron voluntad de contribuir, fundé la Caja de Ahorros de San Jaime de Daroca, y nombré patronos de ella:

Al Alcalde de Daroca que por tiempo fuese Presidente; al Párroco Mayor que por tiempo fuese de la Iglesia Colegial de Santa María de Daroca, interventor; al vecino de Daroca don Manuel Esquirre y Subirón (uno de los diez

mayores contribuyentes por riqueza inmueble de la ciudad) Administrador; al vecino de Daroca don Joaquín Aspás, y á don Diego Madrazo, diputado en Cortes por el mismo Distrito y el otro uno de los diez mayores contribuyentes por el mismo concepto que el anterior en aquella ciudad, Secretarios.

Estos dos últimos patronos cesarán en su cargo el día 31 de Diciembre de 1905: el Ayuntamiento de Daroca podrá reelegirlos ó substituirlos por otros dos vecinos de Daroca, comprendidos entre los diez mayores contribuyentes por riqueza inmueble que residan en la capital.

Entusiasmo.—La impresión fué inmensa; todos los asistentes manifestaron su viva gratitud á sus hermanos de Venezuela; los elegidos aceptaron sus cargos, y comenzó la suscripción de cuotas semanales desde pesetas 0.05. Muchos se subscribieron por esta ínfima cantidad, otros por pesetas 0.10, otros por pesetas 0.15, otros por ptas. 0.25; los patrones por ptas. 1.75; yo tuve el gusto de hacer para mi madre la primera inscripción por 26 pesetas de una vez (para completar con las 224, 250 justas) y además ptas. 0.25 por semana.

No quise hacer ni adquirir ningún donativo, porque tengo experimentado que aun los mejores se cansan de dar; algunos dan respeto humano, y muchos miran con recelo las obras que piden donativos; así, todos impusimos y seguiremos imponiendo caudal que seguirá

siendo nuestro; luego, el que quiera, recogerá, y el que prefiera dejarlo para la caja, no recogerlo: de todos modos quien imponga dinero en estas condiciones, hará una verdadera caridad; ese dinero servirá para prestar al 4 por ciento anual á los labradores que lo necesiten y que ahora tienen que avenirse con préstamos al 5 por ciento "AL MES."

Y así será nuestra caja un ejemplo de la Providencia de Dios: quien nos deje su dinero para estas buenas obras, habrá tenido el gusto de hacer bien á sus semejantes y además le daremos del dos al tres por ciento de interés; más da Dios que da el ciento por uno y la patria celestial á quienes en su nombre hacen obras de misericordia.

Organización.— Estamos aún confeccionando el reglamento y los modelos de ingresos para la administración y la contabilidad de la Caja: ésta tendrá delegaciones en sesenta pueblos y formarán cada delegación: el cura párroco y dos vecinos elegidos por el patronato entre los diez mayores contribuyentes por riqueza inmueble en cada pueblo.

Propaganda.—El bien que Dios nos da lo queremos para todos nuestros hermanos; cada tres años lo más, esta Caja de Ahorros fundará en territorio aragonés otra igual á esta, con advocación aragonesa: y la dotará con 224 pesetas, en memoria del capital con que nuestros hermanos residentes en Venezuela funda-

ron para esta comarca la Caja de Ahorros de San Jaime.

Adhesiones— La "Sociedad de Cosecheros de vino de la Ciudad de Daroca" se subscribirá á la Caja de Ahorros de San Jaime por 1,500 pesetas: así me lo han prometido los más importantes miembros de esa institución,

El Síndico del Ayuntamiento de Daroca guarda 300 pesetas procedentes de un donativo de S. M. la Reina, con destino á los necesitados de la ciudad: el invierno último ha sido benigno y no ha dado lugar á emplearlas: han sido ya ingresadas en la caja como donativo.

El Ayuntamiento.—Dos días después se reunió el Ayuntamiento en sesión ordinaria y acordó aceptar la función de nombrar cada cinco años el tercero y el cuarto patrono.

Además tomó estos otros acuerdos:

1º.—Dirigirse á la Diputación Provincial dándole cuenta de haber sido creada esta institución en ventaja no solamente de la ciudad de Daroca sino de toda la comarca de la cual esta ciudad es centro geográfico.

2º.—Que la Diputación, si lo estima oportuno [que sí lo estimará] y la ciudad de Daroca, eleven un mensaje de salud al honorable Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, manifestándole su gratitud á esa tierra, de donde ha venido el donativo fundamental de la primera Caja rural aragonesa, enviado por los españoles que en ese país reciben hospitalidad.

3º.—Dar las gracias á los donantes y señaladamente á *El Heraldo Español* y á nuestro paisano D. Juan Manuel Bel y Serrano y principales promovedores de la suscripción.

4º.—Suplicar al Ministro de España en Caracas que se digne enviarnos nota de los nombres de quienes contribuyeron á la suscripción, sin figurar las cantidades representadas á cada uno, dato sin interés para nosotros.

5º.—Fijar en el salón de sesiones de la Caja de la Ciudad un cuadro en donde conste para siempre el nombre de esos buenos patricios, como fundadores de la Caja de Ahorros de San Jaime.

6º.—Fijar igualmente en el salón de sesiones y guardarlo en el mismo cuadro, el primer ejemplar de la letra de cambio mediante la cual fué enviado el donativo [como me fué enviada la segunda de cambio, haré el cobro con ella; aún no lo he hecho].

Cuenta saldada.—Ya sabéis, pues, amigos y hermanos, lo que he hecho con vuestro dinero. Ved si os place.

JUAN MONÉVA Y FUYOL.»

[*El Heraldo Español.*—Caracas, Abril 15 de 1902.]

CARTA XIII

Creí que el resto de los datos de mi último viaje á España se habían quedado en el tintero, con la suspensión de nuestro "órgano", cuyo número 52, correspondiente al 2 de Marzo, cayó en este Conuco como una mala noticia.

El padre N., que como sabes es el que recibe mis encargos en la estación del ferrocarril, y me los envía ó me los trae cuando nos honra con su visita, fué quien me dió el dichoso número, y antes de leerlo me dijo que era el último que se publicaba. No lo quería creer y me calé las gafas buscando el editorial que me indicaba el señor cura. "Receso" me dijo que se llamaba el artículo, pero yo creo que leí mal la palabreja, porque el señor cura contestó: ¡Ave María Purísima!

Nos habíamos acostumbrado á recibir con toda regularidad la visita de tu periódico, y antes de suspender la publicación, debías ha-

berme dicho lo que pasaba. Sin ser rico, todavía puedo pagar algunas suscripciones más de la mía, y el cariño que te se ha demostrado en estos valles me parece que bien merecía cuatro letras anunciando tu resolución.

Mientras pensaba en las barbaridades que te había de escribir, llegó á mis manos el número de "El Tiempo" con los párrafos de la carta de Moneva Puyol, dando cuenta de la inversión que había dado á los *cuatro cuartos* que se le enviaron de aquí, y hubiera querido que estuvieras por un lado para que vieras el efecto que hizo la lectura en la familia. Todos llorábamos á moco tendido, y el señor cura tuvo que limpiar las gafas no sé cuántas veces, porque se le caían las lágrimas hilo á hilo. La carta de Moneva acabó de disgustarme y resolví ir á Caracas para hacerte ver lo inoportuna que había sido la suspensión.

Después leí que reanudabas la publicación, y en efecto, recibimos el número 53 por el correo de ayer.

Adelante; y no olvides el dístico de Moneva: "Facta, non verba."

Antes de seguir el hilo de los apuntes sobre mi viaje á Madrid y Barcelona, quiero dedicar cuatro letras á mi amigo y compañero de excursión á Sierra Nevada, el profesor Yungh, de la Universidad de Yokohama.

Nos encontramos en Orgiva, en una mala fonda donde apenas se puede dar albergue á tres pasajeros.

Ya sabes que esto no es porque no sea Orgiva lugar de paso para toda la Alpujarra, sino porque los que hacen noche en el morisco pueblo son siempre amigos ó parientes de alguna familia, en cuya casa pasan la noche

Antonio se fué á la de unos parientes, con las bestias, y yo preferí pedir un cuarto en aquella fondita, donde me dieron el único que quedaba de los dos de que disponían. Mi compañero me dijeron que era un "franchute," que no debía tardar, porque pronto íbamos á comer.

En efecto, no hice más que asearme un poco, y sentado en el terrado de la casa contemplaba con la natural emoción los picos nevados del Veleta y Muley-Hasem, cuando oí en la calle el ruido de algunas caballerías que se paraban en la puerta.

Creí que era mi hermano, y al bajar me encontré con mi compañero de alojamiento.

Era un hombre de unos 35 años, muy tostado por el sol de la Sierra, pelo largo y lacio; usaba gafas verdes muy oscuras; toda la cara afeitada; traje de franela blanca con polainas de baqueta y enormes zapatones con suela descomunal. Venía con él un guía con dos burros cargados con cajas muy pintarrajeadas, aparatos fotográficos y cestos de provisiones.

Mi hombre no se separó de la puerta hasta que se descargaron los burros, hablando con mucha dificultad castellano para recomendar al guía el mayor cuidado en el manejo de las

cajas, que quedaron en la cocina con los demás útiles.

Al entrar en la casa se quitó las gafas, y me quedé sorprendido al ver el clásico tipo del asiático. Mi huésped me presentó como compañero de hospedaje, y muy despacio, como quien no domina el idioma, me preguntó si hablaba inglés, francés ó alemán, porque él apenas conocía el español.

A los pocos momentos éramos los mejores amigos del mundo, Sin hacer misterio del objeto de sus estudios, subimos á su habitación en cuanto comimos, y me fué mostrando la soberbia colección de plantas, insectos y minerales que había recogido en Sierra Nevada.

Antes de que yo pudiera hacer la menor pregunta sobre el destino que tenía aquel magnífico muestrario de nuestra sierra, y quizá para evitar torcidas interpretaciones, me dijo que era japonés, había nacido en Tokio y se había educado en una misión inglesa, completando sus estudios en Berlín.

Cuando la guerra con China, estaba en la Academia de Artillería de Viena, y llamado á su país, hizo la campaña, obteniendo el grado de capitán. Firmada la paz, dejó el ejército y obtuvo una cátedra en la Universidad de Yokohama; pero deseoso de ampliar sus estudios, había conseguido licencia para viajar por Europa y América.

Desde San Francisco California á Nueva York, había recorrido cuanto encierran de no-

table los Estados Unidos, remitiendo desde allá á la Universidad de Yokohama sus primeras colecciones de la Fauna y Flora norteamericanas.

El claustro de aquella Universidad hizo saber á su Gobierno los trabajos hechos por su comprofesor, y en el acto se le ordenó que continuara sus estudios con arreglo á las instrucciones que se le enviaron, asignándole un sueldo crecido y dándole la autorización necesaria para gastar cuanto fuera preciso. Desde entonces, y ya hacía cinco años, había recorrido casi toda Europa, desde Siberia á Gibraltar, remitiendo periódicamente á su Universidad los informes, muestras y colecciones zoológicas y minerales que había ido recogiendo en su peregrinación.

Hacía un año que había entrado en España por los Pirineos, á pie, acompañado de un compatriota que desgraciadamente había tenido que regresar al Japón, enfermo, y después de estudiar las regiones mineras de Asturias, Vizcaya y todo el litoral del Cantábrico, había pasado á Murcia, Almería, Jaén y Córdoba, recorriendo casi toda la sierra de Bélmez, la Almagrera con sus yacimientos de carbón y plomo, con cuyas muestras había enriquecido los gabinetes de su Universidad.

Cuando yo lo conocí, se ocupaba en el estudio de Sierra Nevada, y después de haber recorrido la parte que mira á Almería, había establecido su cuartel general en Orgiva, desde

donde hacía sus excursiones á esta parte de la sierra.

En un mes que hacía que estaba en Orgiva, había enviado á Granada para ser remitidas á Gibraltar y de allí al Japón, 11 cajas con minerales, plantas, semillas, insectos, etc.

Te aseguro que oía todo aquello como un cuento de *Las Mil y una Noches*, porque yo siempre había creído que chinos y japoneses no servían más que para planchar camisas ó hacer abanicos, y me encontraba de repente ante un sabio de color de aceituna; pero no de guardarropía, como los que tropezamos con frecuencia, sino capaz de dar lección á muchos. Y me hablaba en serio de sus industrias, de sus arsenales, de sus escuelas especiales de ingenieros, mecánicos, industriales etc. etc.

La estructura geológica de Sierra Nevada la conocía como pocos de nuestros naturalistas y en el curso de nuestra conversación me habló de mil industrias que se podrían implantar en ella, aprovechando los saltos de agua que abundan en todos los barrancos, los yacimientos de minerales, que indica la conformación del terreno, y mil datos que acusaban un espíritu de observación y de hombre práctico. Le hablé de nuestra histórica Granada, de sus monumentos, de las mil leyendas que existen de los moros de las Alpujarras y ¡oh desencanto! nada de esto le interesaba á mi amigo; de Sierra Nevada no admiraba más que su riqueza material; á pocas horas de Granada no

se le había ocurrido hacer una excursión para visitar la Alhambra, y cuando acabara el estudio de la Sierra, se proponía visitar la vega granadina para obtener datos sobre el cultivo de la remolacha y los métodos de fabricación que se emplean para obtener el azúcar. ¡Mi amigo me había resultado yanqui puro! Y sin embargo, ¿quién tiene razón? El, práctico hasta la exageración, ó nosotros, románticos hasta la tontería? Esto me he preguntado después muchas veces. A pesar de la diversidad de carácteres quedamos muy amigos, y desde luego convinimos en que al dia siguiente nos acompañaría hasta Cádiar y nos honraría con su visita por algunos dias, durante los cuales me propuso acompañarlo en sus diarias excursiones.

Me ha parecido curioso, por lo menos, referirte el modo cómo hice conocimiento con M. Yungh, cuyo retrato conoces, y del que no será difícil que algún día recibamos la visita.

Tengo que suspender esta carta y no quiero dejar de consignar algo de última hora.

Nuestro amigo Valladar me dedica su última *Carta Andaluza*, y mientras tengo tiempo de contestarle, le envío mi saludo desde este humilde conuco.

He recibido el folleto de nuestro antiguo amigo y jefe D. Antonio J. Afan de Rivera: *La Leyenda de las Tres Estrellas*. Calcula lo que agradeceré el obsequio, moro hasta el hueso, entusiasta por nuestras tradiciones,

que bauticé este conuco con el poético nombre del famoso carmen.

Me parece broma tuya lo de que te escriba algo para el número extraordinario con motivo de la mayoría de edad de D. Alfonso XIII; pero aunque así sea, en broma ó en veras, oportunamente recibirás lo que se me ocurra con este motivo, y el 17 nos veremos, porque deseo ir á esa á presentar mis respetos al señor Ministro, en ese día.

PEPE ROJAS.

Hacienda *** 8 de Mayo de 1902.

Carta XIV

La fecha de 17 de Mayo de este año, en la que ocupará el trono de los Reyes Católicos D. Alfonso XIII tiene que traer á nuestra memoria lo viejos que nos vamos quedando. Parece que fué ayer cuando acompañamos á su augusto padre en aquella tétrica excursión por los derruidos pueblos de Andalucía, en los primeros dias de enero de 1885. ¡Y aún no había nacido el que hoy ocupa ya el trono de España!

El mejor deseo que puedo expresar en este dia es el de que nuestro joven monarca haya heredado con el nombre y el trono de su padre las virtudes y los arranques de caballerosidad y de nobleza de aquel malogrado Rey.

La esmerada educación que ha recibido y el ejemplo constante de su augusta madre, fiel á la memoria de su esposo y á la Constitución que juró en manos de D. Antonio Cánovas, á la muerte de D. Alfonso XII, nos hace espe-

rar que nuestro joven monarca seguirá las huellas de su padre, que en el breve espacio que ocupó el trono de San Fernando supo atraerse el amor y las simpatías de toda España. Durante su reinado, figuras eminentes del antiguo partido republicano y aun del carlista, aceptaron la monarquía de D. Alfonso XII, colaborando generosamente á la obra de la reconstitución de España; el mismo Castelar, considerando que la revolución de 1868 había alcanzado las principales reformas que se propuso, facilitó á los hombres de su partido el medio honroso de prestar sus servicios á la Patria bajo el régimen de la monarquía constitucional que hoy nos rige.

El, sin embargo, murió como había vivido, republicano ferviente, aunque ¡apenas se llamaba Pedro!

Casi tanto puede decirse de los demás jefes republicanos procedentes del antiguo partido progresista. Unos más, otros menos, al amparo de la Constitucion han seguido su propaganda legal por la Republica, formando en los Municipios, en las Diputaciones provinciales y en las Cortes, respetables minorías cuya intervención en la marcha política y administrativa de la nación se ha dejado sentir en las reformas eminentes liberales que se han dictado, desde la Ley del Sufragio Universal, hasta la de huelgas.

Podemos enorgullecernos al decir que en España, durante el reinado de D. Alfonso XII y la Regencia de su augusta esposa, se han im-

plantado reformas y leyes tan liberales como no las disfrutan muchos países bajo el régimen republicano.

Sin la desgraciada guerra con los Estados Unidos, á la que fuimos por un exceso de quijotismo muy propio de nuestra raza, España ocuparía hoy el lugar á que está llamada por su posición, por su historia y por los elementos con que cuenta.

Quizá el cielo ha despejado el horizonte de nuestra patria con la pérdida del lejano imperio colonial, desmoronado durante la Regencia, obligándonos á concentrar todos nuestros esfuerzos en la Península, cuyo suelo permanecía inactivo mientras prodigábamos nuestras energías y nuestra sangre sosteniendo guerras fratricidas por sujetar á España pueblos que habíamos sido los primeros en educar para la independencia y la libertad.

Me pediste algo para el número especial que habías de dedicar á D. Alfonso XIII con motivo de su jura de la Constitución, y con la ruda franqueza de un obscuro labriego te envío estas líneas, haciendo votos porque así como todos los Alfonsos que registra nuestra historia han merecido algun dictado honroso, desde Alfonso I el *Casto*, hasta Alfonso XII el *Pacificador*, el joven monarca que hoy sube al trono sea conocido en la historia con el nombre de el *Regenerador*.

PEPE ROJAS.

Hacienda *** 15 de Mayo de 1902

CARTA XV

Vuelvo á hojear los apuntes de mi último viaje á España para seguir el hilo de mi exeursión por Madrid y Barcelona, donde debía tomar el vapor para regresar á Venezuela.

Siguiendo tu consejo, salí de Granada en el tren mixto, á la seis de la mañana, á fin de tener seis horas de espacio en Córdoba y visitar una vez más su incomparable mezquita.

Cuando arrancó el tren, que me alejaba de nuestra *Patria Chica*, se me encogió el corazón como nunca. Soy ya muy viejo y quién sabe si volveré á ver las torres de San Cristóbal y San Nicolás, que se fueron esfumando en el espacio, concluyendo por desaparecer. Y, además, ahora me dejaba allá un pedazo de mi alma, mi hijo Antonio, el Benjamín de la casa, la alegría de este conuco, que está sordo desde que nos falta su bulliciosa alegría.

Cuando las crestas de Sierra Elvira me ocul-

taron definitivamente las últimas siluetas del Albaicín, me arrinconé en el vagón, refugiándome en mis recuerdos.

En el Apeadero de Loja abrió la portezuela una muchacha frescota, con un cántaro de leche en la cadera y el vaso en la mano. Es el desayuno obligado de los viajeros de aquella línea. Tomé mi vaso de leche con un rosco de Loja, y algunos de mis compañeros compraron *cenachos* con cangrejos y roscos y biscotelas para el camino.

Llegamos á Bobadilla á las diez de la mañana, se almorzó y tomamos la línea general que nos llevó á Córdoba en cuatro horas. Hasta las dos de la madrugada no pasaba el mixto de Sevilla y salí de la estación acompañado de un viajante de una casa de vinos de Jeréz que se debía quedar en Córdoba algunos días. Mi compañero era gaditano, y cuando le dije que había hecho el viaje en el mixto para tener tiempo de visitar la catedral, se asombró porque viajaba por España y Francia hacía diez años, no recordaba el número de veces que había pasado por Córdoba y ¡nunca! había visitado la mezquita.

Por acompañarme, más que por curiosidad, me siguió á la catedral y aprovechamos las horas de coro de la tarde, para admirar una vez más las dobles arcadas de la mezquita de los califas. Debo confesar que mi amigo se arrepintió lealmente de su olvido de nuestros monumentos y salió de la mezquita tan moro

como nosotros, en el sentido del arte, se entiende.

Uno de tantos *cicerone*, mitad torero, mitad sacristán, se llegó á nosotros pretendiendo enseñarnos la mezquita. Mi traje de dril y el Panamá ejercía siempre la sugestión y me hacía pasar por extranjero en mi casa. Contesté á sus ofrecimientos en el mismo *caló* que nos hablaba y mi hombre abrió un palmo de boca cuando le dije que para pasear los *pinreles* y admirar los *sacais* de las *mozas crúas* de Córdoba no necesitabamos sus servicios. Sin embargo, nos hizo gracia su desparpajo y concluimos por comprarle algunas fotografías, lo invitamos á comer en el *Gran Capitán* y nuestro hombre se deshizo en obsequios.

Salimos de la mezquita cuando las llaves del pertiguero nos anunciaron que se iba á cerrar, y nos enfrascamos por las estrechas y tortuosas calles de la ciudad mientras era hora de comer.

En este paseo nos sirvió admirablemente el guía. Conocía todos los toreros y *maletas* que tanto abundan en la monarquía de los Rafaeles y entre saludos y presentaciones nos hizo la apología de Rafael I [Lagartijo] y de Rafael II [Guerrita]. Con la retirada de éste se había quedado el toreo sin una persona de *agallas* y *cencia* hasta que algún otro Rafael recogiera la herencia de los anteriores.

Por la noche hubo música en el paseo y aunque en el verano la mayoría de las familias pu-

dientes emigran á las costas del Cantábrico ó á los cortijos y dehesas para presenciar las faenas del agosto, todavía presentaba el paseo un aspecto soberbio.

Córdoba es sin duda la ciudad de Andalucía que conserva más su aspecto típico. Muchas mujeres llevan aún la clásica mantilla, con toda la sal de aquella tierra, y el traje corto es muy común en los hombres, lo mismo para montar un soberbio potro cordobés que para pasear con el amigo que va de levita ó de jaquet.

Muchos jóvenes de clase acomodada llevaban rico marsellés con coderas y caireles de plata, y en el paseo de la tarde encontramos en las afueras varios propietarios y mayordomos que volvían de los cortijos y dehesas con polainas, calzón abrochado, marsellés y faja, las alforjas sujetas á la silla vaquera con correas y el retaco colgando del arzón. Poco más ó menos es la misma indumentaria de hace medio siglo, y bastante más airosa y más práctica para mi gusto que el ridículo *levisac* ó el escualido galápago que emplean los *niños góticos* que arrastran las eres cuando hablan y no encuentran en el castellano palabras para expresar las escasas ideas que pueden acudir á sus vacías molleras.

A las diez de la noche no quedó nadie en el paseo, y entramos en un colmado á tomar cuatro cañas que se prolongaron hasta cerca de la una de la madrugada, en que mi amigo y el guía

me acompañaron á la estación, donde tomé el tren que había de llevarme á Madrid.

Pronto la locomotora dejó el llano internandose en la Sierra, cuyos puentes y viaductos crujían al pasar el convoy sobre precipicios enormes. La ascensión duró lo que quedaba de noche y con los primeros albores de la madrugada llegamos á la venta de Cárdenas, el punto más culminante de Sierra Morena, el celebre desfiladero de Despeñaperros que tan importante papel jugó en nuestra guerra de independencia y aun en las civiles.

En mi siguiente carta trataremos del largo viaje á través de los llanos de la Mancha.

Tuyo siempre.

PEPE ROJAS.

Hacienda ***, Junio 15 de 1902.

Revolución en Venezuela

Destrucción de la Hacienda de Las Tres Estrellas.—Emigración de Pepe Rojas y su familia á Cuba.—Mi salida de Venezuela para México.

Estaba de Dios que no habían de publicarse las notas de Pepe Rojas sobre su visita á Madrid y Barcelona, desde donde volvió á Venezuela.

La maldita guerra, que arruina periódicamente la mayoría de las repúblicas de origen español, vino á destruir la floreciente hacienda de Pepe Rojas, dejándolo poco menos que en la miseria y obligándolo á refugiarse en Caracas y en nuestra casa, hasta que á mi vez, víctima de la tiranía de un gobierno regido por un pobre loco, me ví obligado á dejar aquel hospitalario país, trasladándome á México, donde más tarde había de encontrar á mi viejo amigo Pepe Rojas.

Los florecientes valles de Aragua se convirtieron en teatro de la guerra; las partidas de revolucionarios y las tropas del General Castro, asolaron los sembrados de Las Tres Estrellas, hasta que en los últimos días de Agosto de 1902, una noche vimos llegar á nuestro pobre amigo y su atribulada familia, que habían hecho el viaje desde la hacienda á Caracas á pie, llevando por delante una mula coja y un borriquillo con los miserables harapos que habían podido rescatar en la destrucción de la Hacienda de Las Tres Estrellas.

Quizá algún día logre que nuestro amigo escriba algo sobre aquellos aciagos días, como conseguí que reanudara sus correspondencias en México, cuya primera carta se publicó en *El Diario*, la cual reproducimos más adelante; mientras tanto, enemigo de tratar los asuntos políticos de los países que he visitado, sólo reproduzco aquí la circular que al abandonar á Venezuela dirijí á los periódicos extranjeros que me habían honrado con su canje hasta la suspensión de mis publicaciones.

He aquí la circular:

Caracas, 17 de Febrero de 1903,

Señor Director de.....

.....

Muy señor mío y distinguido compañero:

Inútilmente he esperado que un cambio en la política de este desgraciado país me permi-

tiera con la natural libertad poderle escribir dándole las gracias por su atención en seguir remitiéndonos su ilustrado periódico, á pesar de que hace muchos meses fué suspendida «de orden superior,» la publicación de *El Tiempo* que me honré administrando hasta su suspensión.

Sin participárselo, y como único medio de corresponder á su atención, le remití *El Heraldo Español*, que dirigía ya cuando se suspendió la publicación de *El Tiempo*, hasta que á mi vez tuve que suspender también mi periódico, atacado de una manera impropia por la prensa oficiosa, é imposibilitado de defenderme ante la razón de la fuerza.

Reducido á administrar la *Agencia Pumar*, hoja mercantil de los antiguos dueños de *El Tiempo*, esperamos pacientemente que cesara la persecución que se hacía á esta empresa, hasta que en Diciembre último resolvimos hacer la *Agencia Pumar* del tamaño de *El Tiempo*, en una de sus ediciones, siempre alejados de la política activa. Sólo unos cuantos números logramos publicar, porque cuando esperábamos que habrían cesado las persecuciones, el 17 de Diciembre fué reducido á prisión uno de sus redactores, otro tuvo que ocultarse para no sufrir la misma suerte, y la imprenta cerrada otra vez sin forma legal alguna, completando este atropello con la prohibición de la hoja mercantil que publicaba la empresa.

Este golpe de gracia sumía en la miseria á

la honrada familia de los señores Pumar, dueños de dicha publicación, y las de los numerosos operarios que, junto conmigo, derivábamos de ella nuestro sustento.

Mi carácter de extranjero, y de extranjero de paz, que nunca ha tomado parte en las luchas políticas de este país, me hizo creer que podría salvar de la miseria á la familia Pumar y á las de los demás empleados, fundando una publicación semejante á la extinguida *Agencia Pumar*, y al efecto, solicité y obtuve de la autoridad competente el permiso legal del caso para publicar el *Movimiento Marítimo y Comercial*, que también ha sido suprimido últimamente, consumando el atropello y la ruina de los que dependíamos de esta empresa.

Perdida toda esperanza de podernos defender por medio de nuestras propias publicaciones, me he resuelto á dirigir á nuestros colegas del exterior esta carta de despedida, de la que puede Ud. hacer el uso prudencial que le dicten los acontecimientos que se hayan desarrollado cuando llegue á su poder.

La desaparición de la única empresa periodística que se había conservado seria y alejada del coro de aulicos que prodigan sus alabanzas al General Castro, á cambio del derecho de vivir, estaba decretada, y sobre las ruinas de la *Agencia Pumar* se fundó por uno de los periodistas gubernamentales una hoja mercantil copiada en todo de la *Agencia Pumar*, á la que se llamó *Agencia de Noticias*.

¡Sólo un suscriptor de la *Agencia Pumar* dejó de figurar en las listas del *Movimiento Marítimo y Comercial*, fundado por mí para reemplazar aquélla publicación y evitar en lo posible que nos muriésemos de hambre los que vivíamos de ella!

El público dió una prueba de su amor á la justicia, otorgando su confianza á nuestra nueva publicación, agobiándonos de anuncios y llenando nuestras listas de numerosos suscriptores nuevos; entre ellos varios de los ministros del Despacho, la Tesorería General de la Nación y la misma Presidencia de la República. Para esto no hacíamos más que servir lo mejor posible á nuestros abonados, mejorando nuestros servicios, que lo mismo los periódicos oficiosos que la *Agencia de Noticias* ¡parece increíble! que aspiraba á nuestra herencia, los reproducían sin el menor pudor.

La lucha no podía prolongarse, y el intento de despojo fracasó una vez más. La *Agencia de Noticias* no vivió un mes completo, y nuestra humilde hoja obtuvo de esta lucha un nuevo contingente de suscriptores y anunciantes, lo que nos obligó á aumentar su tamaño y el número de sus ediciones diarias. Nos obliga á recordar estos antecedentes, los atropellos que se han sucedido y que no tienen más explicación que el afán de acaparar en absoluto la prensa, para dirigir la opinión, engañando al sufrido pueblo con las alharacas de los periódicos oficiosos, con lo que se pretende enlo-

quecerlo para que no vea el abismo á que lo han llevado sus ineptos mandarines.

Las colecciones de *El Tiempo* dirán mejor que nosotros dónde hay un solo ataque á la actual situación, desde que sus editores se convencieron de que era imposible la lucha contra la ignorancia y la soberbia del guerrillero que se había impuesto al pueblo de Venezuela. *El Tiempo* suprimió primero sus editoriales, después todo suelto de crónica que pudiera rozarse con la política, y quedó reducido á un periódico de información comercial y extranjera, que lo mismo podía editarse aquí que en nuestros antípodas. Sin embargo, durante este período, tres de sus redactores estuvieron en las cárceles muchos meses sin que jamás se les hiciera sufrir un interrogatorio, y sin que por nuestra parte hiciéramos más que dar cuenta en dos líneas tanto de su prisión como de su libertad.

El pecado capital, el horrible delito de *El Tiempo*, es que nunca, ni antes ni después de sus persecuciones, ha hecho derroche de adjetivos encomiásticos para nadie, y menos los podía aplicar á quien á su juicio no los merecía.

El atropello cometido con aquella empresa en 17 de Abril de 1902, cerrándole su imprenta sin forma legal alguna, no tenía por motivo lo que el periódico *decía*, sino lo que *no decía*, porque para aquella época era ya el único periódico que no se había sometido al dictador.

Su silencio, la ausencia de editoriales, se consideraba, y así era, como la protesta muda, contra los atropellos que ensalzaba la prensa asalariada. El público premiaba aquel tesón, recibiendo y pagando el subido precio de nuestro anodino periódico (seis bolívares mensuales) mientras rechazaba los oficiosos que, en igual tamaño, con nutrida lectura y numerosos telegramas de toda la República, falsos ó verdaderos, se vendían á UN CENTAVO y por chicos á los que se regalaban para que los vocearan.

Muerto *El Tiempo*, servimos la *Agencia Pumar* no sólo al comercio, á quien únicamente podían interesar las cotizaciones, cargamentos y su árido tecnicismo mercantil, sino á todos nuestros constantes suscritores de *El Tiempo*, que tenían pagadas sus suscripciones. Suponíamos que al terminar el mes en curso y pagado, nuestras listas quedarían reducidas á los comerciantes, pero no fué así, porque todavía nuestro público quiso dar una prueba de su apoyo á esta empresa perseguida, recibiendo la hojita mercantil, en lugar de *El Tiempo*, casi todos los antiguos suscritores de este periódico, á los que poco ó nada podía interesar el movimiento mercantil ó las noticias del extranjero.

Esta muda protesta contra la persecución que se nos hacía, determinó al Gobierno del General Castro á completar la ruina de esta empresa y sin forma legal alguna, como se ha-

bía hecho al suprimir *El Tiempo* y secuestrar su imprenta, se encarceló al único redactor que nos quedaba, se prohibió, siempre verbalmente, la publicación, y en la imprenta Nacional se empezó á editar la *Agencia de Noticias*, copiada de la nuestra.

El permiso oficial y por escrito que á pesar de esto se me concedió para publicar el *Movimiento Marítimo*, fué sin duda en la creencia de que yo, aleccionado por las persecuciones que sufrían los redactores de *El Tiempo* y la *Agencia Pumar*, me sometería á seguir la conducta de los redactores que sucesivamente nos habían abandonado y ocupado puestos lucrativos ó dirigían periódicos de una oficiosidad vergonzosa. No damos sus nombres, porque quizá pueda disculpar en parte su felonía el sitio por hambre que se nos hacía sufrir. Yo, quizá muy conocido aun entre los ministeriales por mis ideas conciliadoras y mi absoluto alejamiento de la política del país, hubiera podido seguir la publicación del *Movimiento Marítimo* y medrar y hacerme una posición sobre las ruinas de la empresa que durante tantos años había administrado, como lo hacían ya otros, publicando periódicos que pretendían conservar el carácter del suprimido *Tiempo*, en cuya redacción se habían dado á conocer.

Mi nueva publicación se hizo camino desde el primer momento; me producía para pagar bien todos mis servicios, y el gobierno creyó

que esto me llevaría, si no á someterme como lo habían hecho los demás, por lo menos á alejarme de los elementos de *El Tiempo* y la *Agencia Pumar*, cuyo último redactor gemía en una prisión, su hermano se ocultaba en un calabozo *privado* para no pasar á la cárcel, y el padre de ellos, anciano venerable rodeado de cinco hijas, se debatía en el lecho del dolor, víctima de grave enfermedad contraída en el honrado trabajo, con cuyo producto había creado aquella desgraciada familia.

Mi diligencia en llevar á conocimiento del público alguna noticia que era del agrado del gobierno, mis consultas con las autoridades constituídas si alguna vez las noticias del exterior traían alguna frase que, siquiera remotamente, pudiera herir la susceptibilidad del Gobierno, hizo á éste creer que yo también sería un órgano más sometido á la fusta del Dictador, y que, como los demás, pretendería ahogar los gritos de mi propia conciencia ensañándome con los pobres perseguidos. Se llegó hasta á ayudarme suprimiendo la *Agencia de Noticias*, que aunque no halló acogida entre el público, quizá bien hecha hubiera acabado por restarme algunas suscripciones; se me facilitaron noticias oficiales que tuve la satisfacción de periodista de publicar antes que los mismos periódicos oficiales, y el mismo Gobernador me dijo más de una vez que se había constituído en mi *abogado defensor*; que me estaba muy agradecido por mi diligen-

cia y que esperaba que nadie me molestaría más.

Pero pasó un mes, el redactor preso no había claudicado, á pesar de que había tenido ocasión de leer las cartas que otros en su mismo caso habían dirigido al tirano, comprando el derecho de vivir á cambio de su dignidad; el anciano enfermo y agotado no acababa de morirse de hambre, ni su familia se prostituía como tantas otras, y acabó por saberse que yo cometía el horrible delito de llevar un socorro á aquella atribulada familia, para que no se murieran materialmente de hambre. Me avergüenza tener que hacer públicos estos hechos, y para que ningún mérito se les pueda conceder, porque no lo tienen, debo agregar, que desde mi llegada á este país, he trabajado al lado de esta honrada familia, compartiendo sus penas y sus alegrías, prestándoles mis servicios lealmente y recibiendo de ellos y de la empresa las mayores muestras de afecto.

Para consumar el último atropello, prohibiéndome continuar la publicación del *Movimiento Marítimo*, se ha acudido á la calumnia, y cuando hemos logrado hacer resplandecer la verdad, se ha hecho caso omiso de ella y se nos ha impedido arbitrariamente toda publicación que nos pueda justificar ante el público, de las calumnias que la prensa asalariada ha publicado como motivo de una suspensión que nunca se nos ha notificado en forma legal.

Primeramente se nos acusó de haber publicado un telegrama en el que se vertían frases injuriosas para Venezuela, y aunque en verdad el telegrama las contenía, tuvimos el pudor de callar aquellas frases que en nada cambiaban el sentido del telegrama; pero el órgano del Gobierno lo tradujo á su vez, no sintió en el rostro el salivazo que se le asestaba á su patria, y cuando alguien, en las altas esferas del poder, se indignó de aquella publicación, se dijo que yo los había traducido. La simple confrontación de mis publicaciones con las del órgano oficial demostró que yo, extranjero y sospechoso, había tenido el pudor de callar lo que el órgano oficial había publicado. No había para qué darme una satisfacción y se echó tierra al asunto.

Nuevamente se me quiso acusar de haber traducido mal un despacho, que los posteriores aclaraban, y publiqué la rectificación junto con el texto francés, demostrando que el error, si lo hubo, no lo habíamos cometido nosotros. Con estos antecedentes se comprenderá que, aunque tengamos cierta práctica en esta clase de traducciones, las hacíamos revisar y aun traducir por completo, por personas de indiscutible competencia, y que conocían ambos idiomas á la perfección. Con frecuencia también hemos acudido al Jefe de las Oficinas del Cable Francés, que hace treinta años que habla el castellano, para que nos aclarase frases dudosas, llegando hasta consultarlas por ca-

ble á las oficinas de expedición en el extranjero.

Esta seguridad de que nuestras traducciones eran correctas nos hizo no alarmarnos por la publicación hecha por uno de los órganos oficiosos en que se decía que nuestra publicación había sido "suspendida de orden superior por alterar el texto de los telegramas en perjuicio del Gobierno." Teníamos la seguridad de comprobar que esto no era verdad y al efecto nos bastó dirigir al Director de la Oficina del Cable Francés la siguiente carta:

Caracas, febrero 14 de 1903.

Sr. E. Guintrad.

Director de la Oficina del Cable Francés.

Ciudad.

Muy señor mío: *El Constitucional* en su número de ayer publica el siguiente suelto:

PUBLICACION SUSPENDIDA

"La hoja de noticias que lleva por título *Movimiento Marítimo y Comercial*, ha sido suspendida de orden superior, según se nos comunica oficialmente, por venir alterando en repetidas ediciones el texto original de los cablegramas franceses, en lo que afecta al gobierno Nacional."

Suplico á Ud. se sirva decirme si alguna vez ha observado que se hagan algunas alteraciones en el texto de los cablegramas que publica esta hoja, remitidos por esa oficina.

Soy de Ud. atento S. S.

MANUEL LEON.

Como esperábamos, el señor Director de la Oficina del Cable nos contestó en el acto con la siguiente carta:

"En la traducción de las noticias del Cable nunca he encontrado una alteración esencial del sentido de la noticia recibida. Algunas veces hay alteraciones en la forma: pero el sentido queda el mismo.

De Ud. atento servidor.

GUINTRAND.»

La mañana de este día preparábamos la publicación de la carta anterior, cuando recibimos un recado por conducto de un policía, concebido en esta forma: "De parte del coronel Delfino, que no publique Ud. más el periódico," y el portador de este "úkase" quedó apostado en la puerta de nuestras oficinas. Pocos momentos después otro policía nos daba el mismo "recado" de orden del prefecto, agregando que fuéramos á ver al Gobernador, quedando también de plantón con el policía anterior.

Comprendimos desde luego que nuestra ruina estaba resuelta y decididos á defender nuestro derecho y nuestra reputación de la acusación de falsarios, que se nos hacía, por la prensa oficiosa, acudimos en el acto al despacho del Gobernador, al que entregamos una queja en forma y con arreglo á derecho, que nos daba la autorización que teníamos. Esta autoridad creyó que se trataba, como las veces

anteriores, de ruines intrigas de escalera abajo, cotejó nuestras traducciones, que halló correctas, y creyendo poder calmar nuevamente el encono de los aulicos nos indicó la conveniencia de modificar los términos de nuestra queja, á lo que accedimos en el acto, quedando concebida, de acuerdo con él en los términos siguientes:

«Caracas, Febrero 14 de 1903.

Señor Gobernador del Distrito Federal.

Ciudad.

Señor Gobernador:

En virtud de autorización que tuvo á bien concederme esa Gobernación con fecha 18 de Diciembre de 1902, vengo publicando la hoja que lleva por título MOVIMIENTO MARÍTIMO Y COMERCIAL Y NOTICIAS UNIVERSALES, á la que el público ha dado una acogida favorable, sólo por la imparcialidad y el buen deseo con que hemos procurado servir los intereses del público.

«Conocidas son de Ud., señor Gobernador, los intentos que se han hecho para que aparezca sospechosa ante las autoridades del Distrito esta publicación; pero también han tenido ocasión, tanto Ud. como el Gobierno de la República, de apreciar con cuánta rapidez he procurado llevar á conocimiento del público las noticias oficiales y extraoficiales con que me han honrado, facilitándomelas tanto Ud, como algunas casas mercantiles de esta plaza.

«No creo que pueda haber mejor demostración de la tmparcialidad que me ha guiado eu mi labor, y ayer mismo tuve el gusto de escucharlo de labios de Ud.; por esta razón me ha indignado la publicación hecha anoche en *El Constitucional*, en la que se asegura que esta hoja ha sido suspendida por las alteraciones que, en perjuicio del Gobierno, venimos haciendo en el texto de los telegramas de la Oficina del cable francés.

Esta noticia envuelve una acusación que estoy obligado á desvanecer, y como esta mañana se ha presentado en esta oficina un policía que nos ha notificado de parte del Coronel Delfino que no publiquemos más el *Movimiento Marítimo*, y otro me ha participado lo mismo de parte del Prefecto, me veo obligado á Ud. en defensa de mi reputación de hombre honrado y del derecho que me asiste para defenderme de esa imputación.

«La forma en que se ha suspendido esta publicación. no creo que sea la procedente, por cuanto ésta nació en virtud de autorización escrita de esa Gobernación; pero lo que más nos iateresa en este asunto. es que se nos priva de los medios de defendernos ante el público para hacer ver que en esto, como en todo, hemos procedido cual corresponde á las personas honradas.

«Espero que Ud. comprenderá lo perjudicial que es para mí este procedimiento, y dará al asunto una amistosa solución.

«Soy de Ud con el mayor respeto, su más atento s. s.

q. b. s. m.
MANUEL LEON.»

Todavía, y para tener un apoyo más en su gestión cerca del Presidente de la República, me exigió el Gobernador que recabara del Ministro de España, tan gran amigo de él como del General Castro, una carta de recomendación que suponía no había de negarme Sin la menor dificultad el señor Ministro de España me honró con la siguiente carta, que es para mí la mejor demostración de nuestra inocencia:

Legación de España.

Excmo. Sr. Dr. Cecilio C. de Castro, Gobernador del Distrito Federal.

Caracas 14 de Febrero de 1903.

Mi distinguido amigo.

El Sr. D. Manuel León, compatriota y amigo mío, de quien ya en otra ocasión hablé á Ud. en el sentido favorable que por sus cualidades merece, se ha presentado esta mañana en la Legación y me ha informado de los últimos incidentes relacionados con la publicación diaria que dirige bajo el nombre de *Movimiento Marítimo y Comercial.*

Seguro de que en todo esto no ha existido sino una mala interpretación de los hechos, que de ninguna manera puede poner en tela de juicio la buena fe del Sr. León; convencido por

mi parte, en vista de la documentación que he examinado, de que las imputaciones que á dicho señor se le hacen, no resistirían el examen y fallo de personas competentes, sin quedar al punto desvanecidas, y confiando más que en nada, en la constante amabilidad de Ud. y en su amor á la equidad y á la justicia, me permito rogarle interponga su valiosa influencia con el General Castro para que se levante la orden de suspensión dictada contra la publicación que dirige mi recomendado.

Con gracias anticipadas me repito de Ud. su más atto. y afmo. s. s.

q. l. b. l. m.

Ramón Gaytán de Ayala.»

A mi carta, modificada de acuerdo con el Gobernador, acompañé esta otra, y esperé confiado en la justicia y la razón que me asistía, una solución amistosa. No quería convencerme de que un Jefe de Estado pudiera autorizar un atropello semejante, ni de que sus consejeros dejarían de hacerle ver las complicaciones y disgustos que podía traer una denegación de justicia tan palmaria; pero para desgracia de todos, el día 16 tuve la decepción de oír de labios del Gobernador, que todo su buen deseo de dar al asunto una solución amistosa, había sido inútil; que el mismo Presidente de la República le había ordenado me prohibiera la publicación y que era infructuoso hacer nuevas gestiones para reanudarla Y

todo esto sin la menor forma legal, sin dejarnos ni el derecho de defensa, lo cual, ¡hasta triste es decirlo! aceptaban, asumiendo de antemano las responsabilidades consiguientes.

Todo, antes que que permitirme que pudiera alentar y sostener la actitud decorosa, pero resignada, de los únicos periodistas que no se habían humíllado ante el Dictador.

Nada nos queda que hacer mientras pese sobre este pueblo la tiranía que lo oprime. La ruina y la miseria, quizá la muerte de nuestros queridos amigos y compañeros, está decretada, y estamos resueltos á abandonar este pobre país, digno de mejores gobernantes, antes que aceptar el dorado yugo que repetidas veces se nos ha ofrecido, antes y después de todas estas miserias.

Si podemos arrancar de este suelo la honrada familia á que hemos estado ligados desde nuestra llegada á Venezuela, lo haremos con gusto, pidiéndole á Dios, desde donde quiera que estemos, que redima á este desgraciado país y castigue á sus verdugos.

Réstame sólo, estimado compañero, darle también las gracias por las citas que varias veces ha hecho de nüestras publigaciones, y cuente con que cualquier publicación que hagamos en este país ú otro, nos honraremos remitiéndosela á Ud. y á todos los colegas que nos han favorecido con su canje, á pesar de ncestro forzoso y prolongado silencio.

De Ud. atento s, s. y compañero. q. b. s. m.

MANUEL LEÓN.

Pepe Rojas en México

Un emigrado útil.—Recuerdo de la revolución de Matos en Venezuela.—Heridos y muertos de tétanos.—La Hacienda de las Tres Estrellas en México.

LA VIDA EN LOS CAMPOS

De El Diario, de México, 30 de Junio de 1907.

La casualidad nos ha hecho conocer la serie de cartas publicadas en un periódico de Venezuela con el título de «Desde mi Conuco,» firmadas con el pseudónimo de «Pepe Rojas,» en las que se describe con minuciosos detalles y juiciosas observaciones la vida del emigrante modelo que, ajeno á las luchas políticas de su patria adoptiva, logra crearse una posición desahogada y una familia que realiza el ideal de la unión hispanoamericana, hasta que las eternas revoluciones de aquel país arrasaron sus propiedades, obligándolo á dejar el suelo

que durante tantos años había hecho fructificar con su sudor.

El autor de aquellas cartas, á su salida de Venezuela residió algún tiempo en Cuba, donde tenía uno de sus hijos establecido; pero aleccionado por la triste experiencia que había adquirido en Venezuela, creyó, y los hechos lo han demostrado recientemente, que la paz no estaba asegurada aún en aquella República, y acabó por dirigirse á México, en uno de cuyos Estados ha emprendido el cultivo de una extensa hacienda, que ya es citada como modelo en su género, y en la que recientemente fué visitado por uno de nuestros colaboradores.

Animado á seguir la publicación de sus cartas en la prensa de México, Pepe Rojas se excusó alegando su mucha edad y sus achaques, el escaso conocimiento que puede haber adquirido del país en los tres años que lleva de residir entre nosotros y otras razones muy atendibles en un hombre que ha luchado treinta años para crearse una posición y una fortuna que vió desaparecer en pocas horas, logrando, gracias á sus honrados antecedentes, llegar á un puerto, donde embarcó con su familia en un buque ganadero que lo condujo á la Isla de Cuba,

Sin embargo, un compatriota y antiguo amigo del asendereado colono, que desde hace poco forma parte del personal de esta Redacción, ha logrado de Pepe Rojas que le escriba una

serie de cartas sobre la vida en nuestros campos y la idea que se ha formado de nuestra agricultura, y he aquí la primera de sus correspondencias, que creemos han de despertar tanto interés como el que despertaron en Venezuela cuando se publicó allá la primera serie.

En memoria de la Hacienda que cultivó tantos años, PEPE ROJAS fechará sus correspondencias en Tres Estrellas, nombre que tenía la estancia en que vivía en Venezuela y con el que ha denominado la que hoy cultiva:

—

Hacienda de las *** Junio 20 de 1907.

Mi querido Manolo:

¡Quién había de decir que aquellas cartas que con tanto gusto te escribía «Desde mi Conuco» en los rientes valles de la serranía de Aragua, habían de interrumpirse de la trágica manera que conoces, para reanudarlas desde esta nueva Hacienda de las Tres Estrellas.

¡Cuántos años han pasado desde aquella horrible lucha sostenida entre las fuerzas del Gobierno y los revolucionarios de Venezuela, que eligieron para uno de sus combates más mortíferos los sembrados de mi inolvidable hacienda, mi humilde trapiche y hasta los secaderos, las cuadras y los jacales de la hacienda, que fueron barridos como la hojarasca por el huracán.

Permíteme que una vez más recuerde aque-

llos hechos que me parecen todavía una pesadilla; necesito dejar consignadas aquí mis memorias en cierto modo necesarias para justificar mi salida de Venezuela, mi segunda patria, la patria de mi adorada esposa y de mis hijos, aquel suelo querido en el que tanto he gozado y tanto he sufrido.

¡Ya no lo veré más! Las luchas políticas ó la paz varsoviana que se siguen *gozando* en aquel pueblo privilegiado, durarán más de lo que puede vivir este viejo. Nuevos intereses, nuevos lazos de familia me unen ya á esta República, donde he hallado la paz y las garantías porque he suspirado tantos años, y aquí acabaré la última jornada de mi vida..

Tú lo sabes; siempre me resistí á realizar mis negocios, como me lo aconsejaron, y á salir de aquel país tan querido, y fué necesario que me viera arruinado y casi en la miseria, para que lo abandonara.

¡Malditas revoluciones! ¡Maldita guerra!

Parece que tengo ante mis ojos el cuadro de aquella tarde. El día antes, poco después de amanecer, se habían presentado en el trapiche cuatro soldados revolucionarios al mando de un oficial que me traía una carta del jefe de la revolución, Matos, en la que se me pedían las caballerías que tnviera, dos reses y algunas fruslerías, cuyo importe debía cobrar en Caracas al triunfar la revolución.

El mayordomo del trapiche me llevó la carta y verbalmente le contesté que yo no podía

vender ni facilitar caballerías ni reses á la revolución, pero que no haríamos resistencia si intentaban llevárselas. En cuanto á la petición de café, pan, azúcar, vendajes y algunas menudencias que se me decía faltaban al jefe de la revolución, hasta para su uso particular, yo mismo ayudé á Rosa á poner en un cesto algo de lo poco que nos quedaba. No creía faltar con esto á las leyes de la neutralidad.

Cuando recibió mi recado y el cesto, el oficial se apresuró á subir á la hacienda, donde me hizo mil protestas de amistad, me ofreció su protección para el caso desgraciado de una lucha en Tres Estrellas y..... se llevó mi caballo, otro que usaba mi hijo y un novillo. Era lo menos que podía hacer, según me dijo.

Mi mujer y mis hijos asistieron á aquel despojo sin decir una palabra; pero á aquella misma hora dispuse arreglar una carreta para que en ella se fueran á la estación próxima y tomaran el primer tren para Caracas.

Ya era tarde; por el lado de la ciudad se comenzaron á oir toques de corneta y algunos disparos, que fueron contestados por las avanzadas revolucionarias, sin que llegara á formalizarse la lucha porque se hizo noche

Nuestra situación no podía ser peor. No nos quedaba ni el recurso de abandonar la casa, porque por cualquier punto que saliéramos veníamos á caer en manos de las avanzadas del Gobierno ó de los revolucionarios, cuyos gritos oíamos de uno y otro lado de la hacienda.

Resignados con nuestra suerte esperamos el día para intentar el paso hacia la estación del ferrocarril, que suponíamos en poder del Gobierno.

No hubo tiempo para nada. Apenas apuntó el sol, de ambos lados del valle en que estaba nuestra hacienda descendieron al llano pelotones de tropas del Gobierno y revolucionarios, que se tiroteaban en medio de una algazara infernal.

Los sembrados de caña de azúcar, de maíz y de frijoles los veíamos desde la hacienda cruzados por pequeños destacamentos de jinetes, y muy pronto una haza de caña empezó á arder. Casi al mismo tiempo sonó un estampido formidable á espaldas de la hacienda y sentimos silbar las balas por la explanada. Las tropas del Gobierno acababan de emplazar un cañón en una altura que dominaba el valle, y su metralla, cruzando por delante de nuestra casa, batía las fuerzas revolucionarias.

Los gritos de mi esposa y mis hijos, que sostenían á mi hija Rosa en sus brazos, me volvieron á la realidad. Creí que había sido herida y no fuí dueño de mí, maldiciendo como un condenado. Afortunadamente no era así, y á empellones los llevé á todos á un jacal que suponía estaría al abrigo de las balas.

A pesar de sus protestas volví á la casa de la Hacienda, donde no quedaba ya ninguno de los mozos, los cuales habían huído desde los primeros tiros, á ocultarse en el monte.

A los disparos del cañón del Gobierno había contestado otro de los revolucionarios; pero mal emplazado, sus disparos no alcanzaban y algunas granadas estallaron á más de quinientos metros de la hacienda y á más de mil del cañón del Gobierno.

La lucha seguía encarnizada en el llano, y el fuego del tablón de caña se había comunicado al trapiche, que se hundía en aquel momento, levantando una nube de chispas y humo.

Los gritos de los combatientes se oían cada vez más cerca; un caballo sin jinete atravesó á galope la explanada, para caer muerto entre los rosales que bordeaban el pozo, y cuando me retiraba de la ventana para ir de nuevo al jacal donde estaba la familia, me encontré en el zaguán un pelotón de soldados que traían desvanecido á un oficial herido en la cabeza y en el pecho.

Antes de que pudiera preguntar nada, uno de los soldados me habló por mi nombre, suplicándome asistiera á «su amo» el Coronel A., que había recibido una bala en el pecho y se había herido en la cabeza al caer del caballo. Sin duda fué el que ví caer muerto entre los rosales. Mientras lo tendíamos en un colchón que saqué violentamente de nuestra recámara, mi mujer y mis hijos entraron en tropel, después de haber roto la puerta del jacal, por cuyas rendijas habían visto dirigirse á la casa los soldados.

En pocos momentos la amplia cocina quedó transformada en hospital de sangre. El mismo soldado que me pidió auxilio para *su amo*, también estaba herido, y de tal gravedad, que antes de que hubiera acabado de descubrir el pecho del oficial vaciló y cayó de espaldas. Cuando sus compañeros acudieron á levantarlo, estaba muerto.

Conoces la educación y el *medio* en que se han educado mis hijos y en aquellos momentos se mostraron á la altura de las circunstancias.

Mientras Ricardo y José sacaban mantas y lienzos para atender al herido, mi mujer y Rosita, demostrando un valor que nadie le hubiera creído cuando se desvaneció poco antes, humedecían los labios del oficial y le lavaban la herida que tenía en la frente. El Coronel abrió los ojos, pasó una mirada vaga por los presentes y preguntó con voz apagada:

—?Dónde está Pancho?

Nadie le contestó, pero uno de los soldados le indicó el cuerpo de su asistente, cubierto con una manta.

—¿Muerto?—preguntó con alguna emoción. Todos callamos y el coronel agregó, dirigiéndose á su gente:—Pronto, á la batería; dejadme aquí y decid al Dr. García que venga; me siento morir.—Cerró los ojos y se desmayó de nuevo.

Los soldados requirieron los fusiles y machetes que habían dejado sobre los muebles y salieron á la explanada.

Los revolucionarios habían logrado rechazar momentáneamente á las tropas del Gobierno y algunos pelotones de éstas se parapetaban entre las construcciones de los secaderos y establos del ganado. La lucha se entabló en la misma casa de la Hacienda, en el patio y entre los jacales abandonados.

Esto no fué más que por un momento, porque reforzados los del Gobierno, atacaron de nuevo, logrando arrollar á los revolucionarios, que dejaron varios muertos y heridos en la explanada.

Mientras tanto, los soldados y mis hijos habían traído seis heridos más, entre ellos un oficial de los revolucionarios. Uno murió al llegar á la casa, y otro antes de poder auxiliarlo.

Sin saber quién fué el malvado que lo incendió, un jacal comenzó á arder, y el viento que soplaba del Poniente llevaba el humo y millares de chispas al secadero, que pronto ardió á su vez, amenazando comunicarse á la casa en que estábamos con los muertos y heridos.

A las doce del día las fuerzas del Gobierno acabaron de derrotar á los revolucionarios, que huyeron, dejando en los alrededores de la casa el cañón, bastantes fusiles, parque y numerosos muertos y heridos.

La persecución continuó, alejándose el ruido poco á poco, mientras comenzaban á caer gruesas gotas de agua. En pocos momentos la

lluvia se hizo torrencial, apagando las humeantes ruinas de los jacales y establos, mientras llegaban nuevos y numerosos heridos de uno y otro bando á la casa, goteando sangre y agua.

A nuestros ruegos salieron varios soldados en busca de algunos de los médicos que acompañaban á las tropas del Gobierno.

La cocina y la recámara presentaban un aspecto horrible. En los colchones, en mantas, en el propio suelo, yacían cerca de treinta hombres auxiliados por mi mujer, mis hijos y dos ó tres mujeres andrajosas que venían con las tropas y tenían entre los heridos á sus amantes ó sus deudos.

Y el médico no llegaba y nuestros elementos de curación se reducían á agua fresca, con la que lavábamos las heridas, algunos barriles de aguardiente de caña y un enorme caldero de café y piloncillo, del que procurábamos bacer tomar sendos tazones á los heridos

La lluvia cesó pronto, y los que podían andar salieron todos en bnsca de nuevos heridos.

El trote de varios caballos nos llevó á la puerta, donde acababan de llegar algunos jinetes. Eran el general G. y sus ayudantes, con dos médicos y material de curación.

Los ayes de los heridos cesaron un momento para estallar con más fuerza, pidiendo unos que los auxiliaran, y otros, en su desesperación..... un tiro que los rematara.

José reconoció en uno de los médicos á su

antiguo profesor en la Universidad de Caracas, el Dr. R., y acto continuo se puso á sus órdenes para hacer las primeras curas.

El Dr. R. cada vez que veía llegar á un nuevo herido empapado de agua y lodo, fruncía el entrecejo, y observé que agarrando del brazo á José lo sacó á la explanada, volviendo ambos muy cabizbajos.

Creía que todavía nos amenazaba un nuevo peligro y me acerqué á José, que con la mayor desesperación me comunicó la opinión de su antiguo maestro, de que los heridos que se habían mojado con la tormenta estaban expuestos á morir de tétanos en pocas horas.

Horrible predicción y más horrible realidad: aquella tarde y antes que se acabaran las primeras curas y se organizara el traslado de los heridos, se presentaron los síntomas de la tremenda complicación y en pocas horas morían entre horribles espasmos catorce de aquellos desgraciados.

Aunque María Rosa y Rosita no querían salir de la casa sin que yo las acompañara, los ruegos del Dr. R. y el ofrecimiento del General G. de que yo los acompañaría aquella misma tarde á Caracas, las resolvió á dejar aquella casa tan querida y tan risueña hasta el día anterior y convertida al presente en un depósito de muertos y heridos.

Tú las recibiste en Caracas aquella noche de triste memoria en que nos reunimos en tu casa á comentar nuestra ruina.

La lucha, sin embargo, no había terminado, y nuestra casa, convertida en fortín, fué incendiada á los pocos días no quedando de aquella risueña hacienda sino cuatro paredes ennegrecidas.

Los animales de labor, el ganado de cría, los aperos de labranza, todo desapareció y los mismos jefes del ejército me aconsejaron que no volviera á mi destruida hacienda.

A nadie culpo ni á nadie guardo rencor por aquella desdicha. Lo mismo las tropas revolucionarias que las del Gobierno, en lo particular, tuvieron para mí y para mis hijos atenciones que nunca olvidaré; pero la guerra tiene exigencias terribles y una de éstas fué la destrucción de aquella hacienda, más tarde fortín y últimamente montón de ruinas y cementerio de más de mil desdichados que quizá nunca supieron por qué se batían.

Ya sabes lo demás: Ricardo, que tenía buenas relaciones y algunos negocios en Cuba, nos resolvió á emigrar á aquella Isla y adquirir una finca que cultivar, pero el estado político de Cuba no me satisfizo y acabamos por venir á México donde tú ya estabas y donde creo que hemos anclado en definitiva.

La vida en esa capital y los Estados de tierra fría no me agradaba, y la adquisición de esta modesta hacienda en una zona muy parecida á las serranías de Aragua, nos ha puesto á todos en condiciones de volver á emprender el trabajo para hacer de estos riscos y estos va-

lles algo que se parezca á la hacienda que conociste.

Que lo conseguiremos no hay duda, porque contamos con dos elementos muy buenos: Unión y Amor al trabajo.

He conseguido que Ricardo, más aficionado al comercio y labranza que al ejercicio de su facultad como médico, realice sus negocios en Cuba y se establezca cerca de nosotros, y muy pronto lo tendremos aquí definitivamente.

No puedo quejarme, porque después de aquel desastre y las vicisitudes que le siguieron, parece que la Providencia nos ha favorecido, y los extensos terrenos que componen la hacienda que compramos con los restos de nuestro capital, cada día encuentro medio de mejorarlos y producen lo que no esperaba.

Los chicos se afanan en las labores, como yo hace veinte años, y hasta me encuentro con una agilidad que me recuerda aquellos tiempos de lucha.

Para que todo esto se parezca á la hacienda que conociste y á los últimos meses que en ella pasamos, aquí me tienes de nuevo reanudando aquellas correspondencias que me exigiste y que también ahora, por complacerte, voy á seguir lo mejor que pueda.

No contendrán mucha retórica; pero sí algunas enseñanzas adquiridas en los muchos años que me he tratado con los terrones.

Tu amigo de siempre.

PEPE ROJAS.

Hda. de las *** 20 de junio de 1907.

Conclusión.

Las cartas que ofrecía Pepe Rojas, y que hubieran sido tan interesantes como las que escribió en Venezuela, no han llegado á publicarse.

Dificultades naturales de toda fundación agrícola, mi separación de *El Diario*, donde debían publicarse dichas correspondencias, y otras causas de orden secundario, han demorado hasta hoy la publicación de esta serie de correspondencias sobre la vida en los campos mexicanos que esperamos se publicarán algún día.

Desde luego podemos anticipar á nuestros lectores que la familia de Pepe Rojas ha logrado en México el ideal que la trajo á este país.

Los extensos terrenos baldíos que adquirió se han convertido en una hacienda modelo, sus hijos son queridos y respetados en toda la región donde está ubicada la hacienda, por su laboriosidad su cultura y su bondad, y muchos rancheros de las inmediaciones, animados po

los éxitos que obtiene cada día Pepe Rojas en sus labores, han cambiado sus sistemas de cultivos, substituyendo los viejos aperos y anticuados útiles de labranza, por modernos aparatos, semillas seleccionadas, abonos químicos y máquinas perfeccionadas, que son el asombro de los sencillos habitantes de aquel Cantón.

¡Que el cielo colme de beneficios al honrado ranchero que simboliza la unión de España con las repúblicas de su origen!

INDICE

	Págs.
Dedicatoria	III
Cuatro palabras	V
Carta primera	20
Carta segunda	25
Carta tercera	31
Un día memorable	35
Carta cuarta	47
Carta quinta	53
Carta sexta	59
Carta séptima	65
Carta octava	71
Carta novena	81
Carta décima	89
Carta XI	89
Carta XII	109

Paréntesis. — Cartas andaluzas. — VII. — Pequeñeces y miserias. — La ley de las compensaciones. — En mi estudio.

Pá gs.

—El viaje de Pepe Rojas.—De la Alhambra á la *juerga* flamenca.—Las escuelas del Ave María.—A Sierra Nevada.—Muley Hasem é Isabel de Solís..... 116
Facta, non verba..... 123
Carta XIII..... 131
Carta XIV..... 139
Carta XV... 143
Revolución en Venezuela.—Destrucción de la Hacienda de las Tres Estrellas.—Emigración de Pepe Rojas y su familia á Cuba.—Mi salida de Venezuela para México..... 149
Pepe Rojas en México.—Un emigrado útil.—Recuerdo de la revolución de Matos en Venezuela.—Heridos y muertos de tétanos.—La Hacienda de las Tres Estrellas en México.—La vida en los campos..... 167
Conclusión..... 181

HMex
R7417d

348231

[Rojas, Pepe (pseud.)]
Mi conuco.

DATE

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED